

ENRIQUE GUITART

IMPERIO ARGENTINA

MIGUEL LIGERO

EDICIONES
BISTAGNE

EL NOVIO DE MAMA

1 pta



EL NOVIO DE MAMA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10^{bis} - Tel. 18841-Barcelona

El novio de mamá

Divertido asunto

Bromas y amores entre estudiantes

Argumento y dirección de

FLORIAN REY



ES UNA PRODUCCION NACIONAL

Distribuida por

CIFESA

Mar, 60 - Valencia

Para Cataluña, Aragón y Baleares

Pedro Balart

Valencia. 233 - Barcelona



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PRINCIPALES INTERPRETES

Imperio Argentina

Miguel Ligero

Enrique Guitart

Pepe Calle

EL NOVIO DE MAMÁ

Argumento de la película

Tumbado en el diván con una muelle negligencia, enfundado en su bata de seda japonesa y soñando en quién sabe qué disquisiciones morales o filosóficas, Federico dejaba, bajo la luz tamizada que penetraba a través de las cortinas, vagar su imaginación, prolongando así la mañana en una perezosa somnolencia. En el pasillo se escuchaba el silbar del botones que, a aquella hora, repartía por todas las habitaciones de los estudiantes, la correspondencia cotidiana. Federico no esperaba carta de nadie. Era un estudiante que se estaba envejeciendo en aquel HOTEL DE ESTUDIANTES, en donde uno se divertía mucho, pero en donde se podía estudiar muy poco. Por esto le llamó

poderosamente la atención cuando escuchó unos golpecitos dados en la puerta de su cuarto.

—¡Adelante! — gritó, mirando curiosamente hacia ella para ver quién entraba.

Sólo pasó, disparada por debajo de la puerta, una pequeña envoltura blanca que fué volando, como una palomilla, hasta el alcance de su mano. Era una carta. Federico alargó el brazo, tomó el sobre, lo abrió y leyó la invitación al baile de máscaras que aquella noche se celebraba a beneficio de no sé qué institución. Federico sonrió, alargó hacia detrás de su cabeza el mismo brazo que había alargado para tomar la carta, alcanzó en el pequeño anaquel que había a la cabecera del

diván un librito diminuto que formaba parte de una colección de diez o doce volúmenes que eran todos los que componían su biblioteca, y se puso a leer con detenimiento. En la cubierta del libro se leía: "El arte de bailar el fox en diez lecciones".

El botones fué repartiendo las cartulinas por todas las habitaciones de los estudiantes. El anuncio del baile de máscaras que cada año era una de las diversiones más estimadas por toda aquella juventud alegre y dicharachera y bulliciosa, ponía en cada corazón una esperanza o una ilusión.

Adolfo, otro de los estudiantes que habitaban el Hotel, un muchacho distinguido, elegante, simpático y que, además, debía ser enormemente rico, porque se permitía el lujo de tener a sus órdenes a un criado de una respetable calva y de unas maneras más respetables todavía que la misma calva, después de haber leído la invitación, dijo al criado:

—Ramón, prepárame para esta noche un disfraz a tu gusto. Pero que no sea como el del año pasado...

—¿No le gustó aquél al señorito?... Todos dijeron que había llamado poderosamente la atención—contestó el criado, sintiendo un cierto orgullo por la originalidad del disfraz que le había sugerido a su señor.

—¡Ya lo creo que llamó la atención!—contestó con irónica exclamación Adolfo—. Como que todos me llaman todavía en la Universidad... ¡el gorila!...

—Entonces, señora, si le parece buscaré este año un disfraz de persona.

—Eso es; de persona... Pero de persona muy seria, ¿entiendes?...

—¡Comprendo!... ¡Creo que tengo una gran idea!—exclamó el criado inclinando su calva reverente y alejándose en busca de la idea genial que había nacido bajo ella.

* * *

Magda bajaba las escaleras amplias y señoriales de la elegante mansión materna, cuando la camarera, que las subía, le entregó en bandeja de plata una carta. Magda—juventud extrema, ojos enormes, sonrisa pletórica de juvenil alegría, cuerpecillo cimbreante y gracioso y pródiga belleza—abrió el sobre y leyó con placer la invitación al baile de máscaras que le mandaban sus compañeros universitarios. Pero la invitación no despertó en ella la loca alegría de otros años. Hoy la chiquilla estaba reconcentrada y de mal humor. Algo grande debía pasar en aquella cabecilla alegre para que los labios no se entreabrieran en una de aquellas sonrisas que inundaban de blancura todo su rostro al mostrar los dientes apretados, un poco grandes, perfectísimos, de su boca incitadora.

En el hall amplio y magnífico la esperaba su hermanito, un muchacho de diez y siete o diez y ocho años, estudiante como ella y, como

ella, alegre y dicharachero; pero que también hoy ofrecía un aspecto triste y meditabundo.

—Magda, mamá nos ha llamado; quiere hablar con nosotros—dijo el muchacho a su hermana cuando la tuvo cerca suyo.

—Sí, ya lo sé; también a mí me ha mandado llamar. ¿No sabes qué quiere?

—No, no me lo ha dicho. Sólo me ha dicho muy seria, muy seria, que quería hablar con nosotros.

—Pues vamos allá—dijo con decisión Magda, abriendo la marcha y penetrando en el salón donde su madre les estaba esperando.

Era la madre una mujer muy bien conservada a través de los años, que tenía de la hija los mismos ojos e idéntica juventud en el alma, que no se resignaba a envejecer con el cuerpo.

—Aquí estamos. Tú dirás qué quieres—le dijo Magda, sentándose en el brazo de un sillón y tratando con un despectivo desdén a su

madre, a la que no respetaba en lo más mínimo.

La madre carraspeó un poco, miró a sus hijos sin saber cómo comenzar y dijo unas palabras ininteligibles.

—¿Decías, mamá?... —preguntó Magda, poniendo atención.

—Decía —replicó la madre, enfrentando con valor el asunto—. Decía que después de haber sufrido tanto tiempo las extravagancias, vamos a llamarlas así, de vuestro padre y encontrándome libre a causa del divorcio y joven todavía...

—Treinta y nueve años —interrumpió Magda sin compasión.

—Hija, ¡no se puede hablar contigo! —suspiró la madre herida por el recuerdo de sus años que ella hacía todos los posibles por olvidar—. Digo que encontrándome joven todavía, a pesar de mis treinta y nueve años...

—Gracias al instituto de belleza y al régimen del abate Peluque —subrayó Magda, decidida a fastidiar a su madre.

—¡Eres insoportable! —exclamó la madre a punto de pegar a su hija.

—¿Quieres callar, mujer? —añadió el hermanito, que estaba curio-

so por saber lo que su madre quería—. ¡Déjala hablar!

—¿Para qué?... Ya puedes figurarte lo que va a decirnos. Que encontrándose joven todavía y en la edad del verdadero amor, según ella... ha pensado casarse... ¿Lo oyes bien? ¡Ca-sar-se!... ¿No es verdad, mamáita, que es eso lo que querías decirnos? ¡Pues dílo, tonta! ¡No te dé vergüenza! —exclamó Magda, dejando desbordar toda la amargura que había en su corazóncito de chiquilla.

—¿Es verdad eso, madre? —preguntó Julio, al que jamás se le hubiera ocurrido pensar en semejante desatino.

—Pues bien, sí, todo es verdad —afirmó la madre con voz severa y grave—. No sé si hago bien o hago mal, pero estoy decidida, completamente decidida.

—¿Que estás decidida a casarte?

—Sí, hombre, sí... ¿no lo has oído? ¡Está decidida!... ¿Por qué te extraña, bobo? ¿No la has visto flirtear, coquetear y hacer remilgos como una colegiala?... ¡Ja, ja, ja, ja! —rió con amargura y desprecio Magda—. ¡Si está saladisima!... ¡Con decirte que mis amigas han

notado que me tiene envidia!...

—¡Calla!—impuso la madre con ofendida dignidad—. Por muchas tonterías que digas y por mucho que me faltes al respeto, no vas a conseguir que discuta este asunto.

—¿No admites discusión y vas a hacer tu santa voluntad? ¡Muy bien!... ¡Pues yo también haré la mía y antes que entre un hombre extraño en esta casa, me escaparé con el primer idiota o me meteré monja!... ¿Lo oyes bien? ¡Monja!...

—¡Bien! — exclamó, la madre, resignada a todo en aras de su amor—. ¿Y tú qué dices, Julio?

—¿Yo? Lo mismo que dice mi hermana. Claro que no pienso escaparme, ni meterme fraile, pero me iré a vivir con mi padre.

—¡No, eso no!... ¡No sabes lo que está haciendo tu padre!...

—¡Lo mismo que quieres hacer tú!...

—Está bien —añadió la madre, poniéndose en pie y mirando severamente a sus hijos—. Pensad como queráis. Ya estáis enterados de la verdad. No tengo nada más que deciros.

Salió del salón altiva y digna, como si fuera muy natural que una madre prescindiera del cariño de

sus hijos para entregarse en manos de otro hombre que no era el padre de ellos.

Magda se levantó de su asiento y fué a hundirse en el sofá, al lado de su hermanito que estaba compungido.

—¿Qué te parece?—le dijo con aire de enojo—. ¡Huérfanos de padre y madre!

—¡Y desamparados!...

—Eso es... ¡desamparados!... ¿Tú qué vas a hacer?

—Ya lo he dicho. Yo me iré a vivir con mi padre.

—¿Y vas a soportar a aquella mujer?

—¿A quién?... ¿A la mujer de mi padre?... ¡Qué le vamos a hacer!... Prefiero soportar a la mujer de mi padre que al marido de mi madre... Al fin y al cabo, una mujer...

—Y yo... ¿Qué hago yo?

—¿Tú?... No sé... A lo mejor el novio de mamá es un buen hombre y no estarás tan mal con él.

—¡Bonito consejo!... ¡Que me trague yo lo que tú no te quieres tragar!... Eres tan egoísta como todos... Pero no me importa que me dejéis sola. ¡Mejor para mí! Mañana mismo me casaré.

—¿Con quién?—preguntó asombrado el hermanito, que vivía aún en Babia.

—¿Con quién va ser? ¡Con mi novio!—replicó Magda con altivo orgullo.

—¿Con Adolfo?... ¿Tú crees que estará dispuesto a casarse cuando tú quieras?

La pregunta ingenua del hermanito puso en guardia a la chica. ¿Sería posible que su novio se negara a casarse con ella cuando a ella se le antojara? ¿Es que no la quería? ¡Sí, la quería, estaba segura de ello!... ¿Pero?...

—Oye... ¿tú crees que Adolfo no me quiere? —preguntó mirando a Julio en los ojos para escudriñar en ellos la verdad que anhelaba su corazón.

—Yo no digo que no te quiera... pero aun le falta un año para acabar la carrera y sus padres... ¡ya verás como no le dejan!

—¡Si les hace caso a sus padres, me casaré con otro, me da lo mismo!—gritó Magda, que aquel día estaba resuelta a todo—. ¡Me casaré con un herrero, con un carpintero, con cualquiera!... ¡O me escaparé!... Eso es: ¡me escaparé para que tengáis que avergonzaros de

mí!... Pero no hará falta... Estoy segura que Adolfo se casará conmigo. Vas a verlo.

Cogió el teléfono, marcó un número y aguardó a que le contestaran.

—¿Eres tú?—preguntó la voz de Adolfo, melosa e insinuante—. Ya tengo la invitación para el baile de esta noche... ¿La has recibido tú también?

—¡Para bailes estoy!—contestó indignada Magda, como si su novio tuviera la culpa de no estar al corriente de sus sinsabores familiares—. ¡Para cachupinadas estúpidas estoy esta noche!... No hay baile, ¿sabes? ¡Ni para ti, ni para mí!... Espérame, que voy a verte.

Colgó el aparato y llamó a la criada para que le prepararan el coche, porque iba a salir inmediatamente.

Adolfo, tristemente, colgó también el auricular. Aquella chiquilla le había agnado la fiesta en la que pensaba gozar tanto al amparo de su disfraz. Llamó a Ramón y le dijo:

—No prepares el disfraz para esta noche. No hay baile. Me quedaré en casa.

—¿Oh, qué lástima!...

—¿Por qué, lástima?

—Porque le había mandado preparar al señorito un disfraz con el que no le iba a conocer a usted ni su padre... ¡con perdón del padre del señorito!... ¡Una idea genial! Ahora mismo acaban de traerlo.

—¿Pero de qué es el disfraz?— preguntó Adolfo encuriosado.

—¡De buzo de los mares del sur! —exclamó el criado con profundo

acento de superioridad, que se reflejó incluso en su calva que se puso más brillante después del esfuerzo realizado por el cerebro fecundo que ella cubría.

Adolfo se sonrió, pero no le hacía mucha gracia tener que quedarse en casa aquella noche en la que todos sus compañeros y compañeras se divertirían tan locamente.

* * *

En el pasillo dos estudiantes sostenían una pacífica discusión que debían tener con frecuencia, porque el más tonto de los dos — ni uno ni otro tenían cara de ser excesivamente listos— decía a su compañero:

—Te toca a ti.

—No insistas, Mauricete. Te toca a ti y nadie me apea de esto.

—Pues yo digo que te toca a ti, Pepe, porque la última vez me tocó a mí.

—Bueno, pero la última vez diste en hueso.

—Di en hueso... pero te toca a

ti — insistió Mauricio, al que toda la Universidad conocía por Mauricete, porque no se podía llamar de otra manera a aquel muchacho sandío e imbécil.

—Lo echaremos a la suerte — propuso Pepe, sacando una pesetilla del bolsillo—. ¿Cara o cruz?

—Cruz.

La peseta voló en el aire y cayó en la mano de Pepe, que tenía una gracia especial para que quedara en ella como a él le daba la gana.

—Has perdido —dijo, mostrándosela—. Anda, eres tú el que ha de entrar.

—Lo que veo es que en esta sociedad que hemos formado los dos, el único que trabaja soy yo, y no sé porqué. Me parece que esta vez voy a dar en hueso también.

—¿Cuánto vas a pedirle?

—¿No hemos quedado que 300 pesetas?

—Es que estoy pensando que el que da 300 pesetas da 500.

—¡Toma!... Y por la misma razón también nos da con la puerta en los hocicos...

—Anda, anda, no tengas miedo...

Mauricio abrió con tiento la puerta de la habitación, y penetró en ella, cerrándola de nuevo con cuidado y deteniéndose al escuchar la voz de Federico que estaba discursando muy seria y profundamente.

—No quiero que te molestes ni te exaltes por lo que voy a decirte—decía la voz pausada de Federico—. Escucha, Fede, tu novia te engaña. Esa es la triste verdad. La mujer a la que tú amas te engaña. ¡Sí, hombre, sí!... ¡No pongas esa cara de pasmao!... ¡Te engaña con un hombre que vale más que tú!...

Mauricio se había adelantado cautelosamente para ver con quién

estaba hablando en aquel tono que no admitía réplica, Federico, el alegre Federico que hacía ya doce o catorce años—confesados por él—que cursaba la misma carrera, sin lograr terminarla nunca. El asombro de Mauricio no tuvo límites cuando le vió sentado ante el espejo, departiendo amigablemente consigo mismo, en un soliloquio que no tenía nada de alentador. Mauricio corrió otra vez a la puerta, la entrebrió y le dijo a Pepe, que tenía pegado el oído en ella:

—Me parece que se ha vuelto loco...

Luego volvió a cerrar y se acercó de nuevo, siempre de puntillas y sin hacer el menor ruido, hacia donde estaba Federico, para seguir escuchando aquellos razonamientos que no parecían herirle en lo más mínimo.

—¿Que por qué te engaña? —seguía diciendo Federico a su mudo interlocutor, que le miraba desde el fondo del espejo—. ¡Porque eres un tío feo! —rió Federico en sus propias barbas—. Sí, señor, un tío feo. ¡Pero, hombre!... ¿Tú te crees que con esa nariz puedes presentarte decorosamente delante de una mujer? ¡Resignate, Fede! ¡Con-

fórmate con tu suerte y repite cincuenta veces la misma triste verdad: ¡Tu novia te engaña!... ¡Tu novia te engaña!... ¡Tu novia te engaña!... ¡Tu novia te engaña!...—y con los dedos iba contando las veces que decía aquella frase sacramental en la que parecía estar condensada toda una teoría filosófico-moral, al uso del individuo que le escuchaba desde el fondo del espejo—. ¡Desengañate, Fedé!... ¡Todas las mujeres engañan a todos los hombres!... ¡Hombre, alguna habrá!... ¡No, ninguna!... Compadece sinceramente a los hombres que todavía creen en la fidelidad de las mujeres. ¡Ja, ja, ja, ja, ja!... Ríete de ellos, Feder, ríete con todas tus fuerzas!...

Soltó una estridente y prolongada carcajada, que fué interrumpida por el aplauso férvido de Mauricio que creía estaba ensayando alguna comedia dramática.

—¡Bravo, chico, magnífico!... ¡Eres un actorszo!...

—¿Pero qué dices? —preguntó Federico, volviéndose y enfocando su larga nariz a Mauricete que le contemplaba extasiado—. ¿Tú crees que eso que acabas de oír es una ilusión, una ficción, una función,

o solamente una conversación?... Pues no, señor. ¡Esto es el Evangelio!... Mi novia me engaña —afirmó sonriendo como si hablara de algo que no se refiriera a él tan directamente.

—¿Si?—preguntó Mauricio mirando a aquel hombre con curiosidad—. ¿Y con quién?

—¡Ah, no lo sé!... Lo importante es que me engaña. ¿Y sabes por qué te lo digo con esta naturalidad? ¡Porque soy un hombre que ya no siente los celos!... Mi novia me engaña. Ya ves. Te lo digo con la misma tranquilidad con que podría decir al camarero: ¡Oye, tú!... Ponme un coctel de ginebra... Oye, Mauricete, ¿vas a guardarme el secreto?—le preguntó en tono confidencial después de aquellas explicaciones.

—¡Lo juro!...

—Pues tráeme el libro tercero de mi biblioteca.

Mauricio fué hasta el anaquel sobre el que estaba dispuesta la diminuta biblioteca de Federico, tomó el libro indicado y leyó en voz alta el título: "Para hacerse amar locamente".

—¡No, hombre, no, el siguiente!... Tráemelo.

Mauricio tomó el otro tomito, leyendo el título: "Para librarse del tormento de los celos en 10 lecciones".

—Y ya llevo once...—dijo, riendo, Federico—. Como ves, estoy ya en la reválida. ¡Si aprendiera tan fácilmente mi carrera!... Esto que acabas de oír delante del espejo hay que decirlo todos los días dos veces al levantarse y al acostarse. Sólo que yo, para adelantar la curación, lo digo cincuenta veces seguidas y esto reduce mucho las molestias de la enfermedad.

—¡Magnífico, chico, magnífico!—exclamó Mauricio que no había ido allí para que le dieran lecciones—. Pues... perdona que te interrumpa en tus estudios... Siento mucho que tu novia te engañe... ¡No, no, no!... Es decir, me alegro mucho de que te engañe... ¡no, no, tampoco es eso!... Quiero decir que, ¡claro!, como tú ya no eres celoso...

Pero yo sólo he venido a despedirme de ti, ¿sabes?

—¡Ah! ¿sí? ¿Te vas al pueblo?

—No... ¡Me voy a la calle!—exclamó en tono melodramático Mauricio, poniendo una cara muy compungida—. Me echan... con mi maleta y mi sombrerera... ¡Me arrojan a la calle como a un perro pestilente!... ¡Ay, querido Fede!... ¡Y todo por quinientas miserables pesetas!...

—¡Oh!—exclamó Federico, acariciando la cara de Mauricio como si fuera la de un niño lloroso por la pérdida de su más querido juguete—. ¡Pobre Mauricete!... ¿Por quinientas pesetas nada más?...

—¡Nada más!—volvió a gemir, lleno de esperanza, Mauricio.

—Pues mira, mientras yo salgo un momento...

—¿Sí?...

—Busca en el libro octavo de mi biblioteca...

Federico se encaminó a otra de las habitaciones del hotel, a la que iba a hacer frecuentes excursiones,

porque era precisamente la de su novia. Cuando entró, encontró a la muchacha, muy ligeramente vesti-

du, como era natural a aquella hora de la mañana, en un día de los 361 del año en que los estudiantes se permitían hacer fiesta a la Universidad, porque ya habría tiempo de estudiar... al año siguiente. Estaba sentada en un sillón y hablaba por teléfono con alguien al que trataba con mimo y halago:

—Sí, sí... bueno, conforme... ¿A las cinco?... Está bien... Adiós, adiós...

—¿Con quién hablabas? — le preguntó Federico, cogiéndole la mano.

—¿Yo?—preguntó ella fingiendo un ingenuo candor.

—Sí, tú... No me contradigas... ¡Quiero evitarte una mentira!

—Gracias, Fede...—replicó ella, mimosa y coqueta.

—Estabas hablando con él — afirmó Federico sin exaltación ni amargura, sino naturalmente.

—Sí... estaba hablando con uno — contestó la chica, sincera.

—Con uno, no. Con él.

—¡Bueno, pues con él!...—asintió ella—. ¿Estás celoso?

—¿Celoso yo? ¡Ja, ja, ja!... No sé lo que son celos—contestó el discípulo aprovechado de las diez lecciones para matar los celos.

—¿De veras, de veras no estás celoso?

—De verísimas... Soy un hombre moderno — contestó Federico, con vanidad.

—Entonces, no te importará que te engañe...

—Calla, calla, tonta... ¡Si estoy convencido de que me engañas ya!.. Y aquí me ves... ¡tan fresco!

—¡Ay Fede de mi alma!—exclamó ella echándosele en los brazos y cubriéndole de besos—. ¡El peso que me has quitado de encima!...

—¿Eh?...

—Sí, sí... ¡ahora es cuando voy a quererte de verdad!...

—Oye, y... ¿cuándo nos vamos a casar?

—Cuando acabemos la carrera — contestó su novia, poniéndose formalita para decirlo.

—Entonces, ¿nunca? —preguntó Fede riendo.

—No... Desde el año que viene vamos a estudiar en serio.

—¡Si yo siempre estudio en serio!—afirmó Federico, haciéndose el estudiante formal—. Lo que pasa es que cuando te suspenden a ti me obligas a que me suspendan a mí también...

—Es que este es el único modo

de que estudiemos juntos y de que estemos en clase juntos...

Los dos saltaron la carcajada, se abrazaron de nuevo y se sentaron al borde de la cama para seguir charlando con mayor comodidad.

—Oye —dijo Fede, estrechando a su novia entre sus brazos—. Dime, ¿con quién me engañas?...

—¡Ja, ja, ja!... —rió su novia, sin querer saltar preada:

—¿Es alto?

—No... no es muy alto...

—¿Rubio?

—No, no, no... no adivinas...

—¿Moreno, entonces?

—¿Moreno?... No, tampoco es moreno... Ni una cosa ni otra...

—Oye, ¿me engañas por la mañana?

—¡Huy, qué temprano!—exclamó ella, frunciendo la naricita.

—¿Por la tarde?—insistió Fede que estaba decidido a saber la verdad.

—Bueno, sí, puede que sea por la tarde... pero no estoy muy segura...

—¿No me engañarás por la noche, ¿eh?

—¿Por la noche?... ¡Ja, ja, ja! —replicó su novia, sin contestar ni sí ni no,

—Es por pura curiosidad, nada más que por pura curiosidad—afirmó Federico—. Tú ya sabes que no es por celos... porque yo celoso, celoso...

—Es inútil, ¡no te lo diré nunca!

—¿Nunca?... ¿Por qué?

—¿No ves que si te digo mi secreto perdería mi libertad?

—¡Ja, ja, ja! —rió Federico, abrazando a su novia y arrastrándola con él sobre la cama, donde se retorcieron un rato, agitados por las carcajadas que aquello de la libertad les había producido a los dos.

De pronto Federico se incorporó. Acababa de encontrar algo sobre la almohada que despertaba sus sospechas. Se incorporó y obligó a su novia a incorporarse también, y colocándole ante los ojos un objeto casi invisible, le preguntó:

—¿De quién es este cabello?

—Mío —contestó su novia, después de haber vacilado un instante, como si se viera sorprendida en flagrante delito.

—¿Tuyo?...

—Sí.

—¡Mientes! No, este cabello no es tuyo... Este es negro, corto y gordo... y los tuyos son largos y finos...

—Entonces, no sé... —murmuró la chica, desconcertada, pero con aquel desconcierto suyo en el que había mucho de ingenuidad y mucho más aún de inconsciencia.

—¿Cómo que no sabes?

—Habrá entrado por la ventana, quizá... O puede que sea de...

—¡Calla, no sigas mintiéndol! Todavía no he estudiado el medio para ser invulnerable a las mentiras ajenas... Déjame... Yo mismo lo

averiguaré... ¡Ahora voy a saber con quién me engañas!... ¡Por fin voy a poder dormir tranquilo!...

Federico, llevando prendido entre los dedos el cabello delator, salió de la habitación de su novia, dispuesto a encontrar por aquel simple medio al cómplice de la muchacha, ya que no le podía engañar si no había un cómplice en aquel engaño del que él estaba tan seguro.

* * *

Mauricete había buscado el libro indicado por Fede, había mirado una a una todas sus hojas para ver si encontraba en ellas el dinero soñado, que no dudaba estaba entre ellas, según había dejado comprender Federico con sus palabras. Pero todas las hojas parecían mostrarse indiferentes y sombrías a su ansiedad de sableador.

Pepe, cuando vió salir a Fede, se apresuró a entrar en el cuarto de éste, y preguntó a su socio:

—¿Qué te ha dicho?

—Espera, espera... Me ha dicho

que aquí hay dinero... ¡y no hay nada!...

—A ver, a ver... déjame ver — dijo Pepe con impaciencia.

Tomó el librito entre sus manos y leyó en las primeras páginas del mismo: "Remedio infalible contra la plaga de sableistas".

—¡Maldita sea!... ¡Otra vez en hueso!...

—¡Ya te lo decía yo!...

—Siempre serás un sandio y un bellaco...

—No sé a qué vienen ahora esos

insultos. Fede no quiere ya darnos más dinero.

—Es que nunca ha querido...

—Nunca ha querido darnos más dinero... es verdad... Pero no es culpa mía.

Salieron al pasillo a entretenerse con la rumia de aquella decepción y a pensar a quién podrían ir a embestir con sus peticiones monetarias. Así estaban cuando apareció Fede por el fondo del pasillo, al que ni uno ni otro de los dos amigos sintieron llegar.

Federico se adelantó hasta ellos sin abandonar nunca el pelo que llevaba como un inapreciable tesoro, y, en un rápido movimiento, arrancó primero uno a Pepe, comparándolo con el que él tenía y desechándolo por indeseable, luego a Mauricete, y haciendo lo mismo que con el otro... ¡Ninguno de los dos era el cómplice de su novia!...

—¡Ay!—exclamó Pepe al sentir que le arrancaban el pelo.

—¡Ay!—gimió Mauricio al notar el pinchacito que en su dura cabeza había producido el tirón de Fede.

Uno y otro se miraron asombrados, creyendo que Fede estaba completamente loco—aunque lo del li-

brito les mostraba bien a las claras que no era tan loco como parecía—y luego miraron con muy mala cara a su compañero que, como distraídamente, preguntó:

—¿Has mirado en el libro noveno de mi biblioteca?

—¿En el noveno? —preguntó Mauricio abriendo los ojos a una nueva esperanza.

—Sí, en el noveno, te dije en el noveno—subrayó Fede, con intencionada insistencia.

—Yo entendí en el octavo. Tú me habías dicho en el octavo.

—No, no, rico, te dije en el noveno... Ve a verlo...

Fede siguió su camino en busca del traidor que le engañaba con su novia, y los dos socios se precipitaron en la habitación y cogieron el libro indicado. Sus rostros mostraron el más profundo de los desalientos:

“¿Está usted desesperado? 25 maneras distintas de quitarse la vida” —rezaba el título del libro de aquella pequeña biblioteca práctica que poseía Federico para aprender en ella las bases fundamentales de la vida... ¡de su vida loca de estudiante vitalicio!



Magda se había vestido para salir a la calle, dispuesta a ir a encontrar a su novio y plantearle claramente la cuestión. Tenían que casarse aquella misma noche, si era posible, porque ella no quería estar ni un minuto más en casa de su madre. La conversación sostenida con ella hacía apenas media hora la ponía en aquel dilema, y estaba segura de que Adolfo no se negaría a sus anhelos. Lo mismo daba casarse unos meses antes que unos meses después.

Cuando iba a cruzar el hall para salir, se dió de manos a boca con un caballero vestido de rigurosa etiqueta, con un monóculo impertinente colocado en su ojo derecho y pendiente de una cintita negra de *moiré*, una camelia en el ojal, el sombrero de copa en la misma mano en la que llevaba el bastón y los guantes amarillos, y en la otra un magnífico ramo de flores agazapado en un cucurucho de papel.

Cuando Magda vió a aquel fan-

tasmón, se encaró con él y le preguntó en tono imperioso:

—¿Quién es usted?

—Señorita... yo...—replicó el caballero, desconcertado por aquella pregunta hecha a quemarropa.

—¡Ah, sí... ya lo sé!... ¡El novio de mamá!... ¡Ja, ja, ja, ja!—rió con todas sus ganas, con una carcajada insultante, despectiva, hiriente—. ¡Ja, ja, ja, ja!... Muy guapo... y muy elegante... Mamá siempre ha tenido muy buen gusto... ¡Ja, ja, ja, ja!

Las carcajadas de aquella señorita desequilibraban los nervios del caballero que se mantenía rígido y digno, sin contestar a aquellos insultos.

—¡Es una verdadera lástima que no se puedan ustedes casar!—añadió Magda sin dejar de reír.

—¿Por qué no podremos casarnos, señorita?—preguntó entonces algo extrañado.

—Porque ni mi hermano ni yo lo consentiremos nunca...

—Señorita—replicó el caballero con flema—. No conozco ninguna ley que obligue a los padres a someterse a la tutela de sus hijos...

—¡Qué gracioso!... ¡No conoce ninguna ley!... Pues yo, que estudio Leyes... tampoco conozco ninguna que hable de eso... ¡Ja, ja, ja, ja!... Pero esto es porque los viejos han legislado a su conveniencia... ¡Ay del día en que legislemos los jóvenes! Entonces no tendremos que soportar que un imbécil cualquiera se meta de rondón en nuestra propia casa...

—Pero señorita —trató de interrumpir él, que ya comenzaba a parecerle excesivo todo aquel discurso de su futura hija.

—¡Qué señorita ni qué niño muerto!... Sí, señor, lo que he dicho: ¡un imbécil! ¿Qué hay?... ¿Qué tiene usted que decir? —le preguntó, dando una manotada al ramo y pisoteándolo cuando lo vió en el suelo.

—Nada, señorita, nada... Yo no digo nada.

—¡Yo no digo nada!... ¡Yo no digo nada!—remedó Magda mientras le arrancaba el monóculo y le deshojaba la gardenia immaculada y le entraban ganas de apalearle

con su propio bastón—. No dice usted nada, pero está usted pensando muchas cosas que es preferible que no diga. ¡Se está usted riendo de mí por dentro!... Y eso no lo consiento yo, ¡no lo consiento, ea!... ¿En qué estaría pensando mi madre al enamorarse de este tío loro?

El caballero hizo un movimiento brusco de sorpresa y de resentimiento. Ya sabía que no era ningún pollo tomatero... ¡pero de eso a llamarlo loro!... Vamos, que ya no le faltaba más que oír.

Magda, aprovechando el terreno ganado por su osadía y su rabia— sin una no hubiera existido la otra —añadió mientras se dirigía a la puerta para salir de la casa maldita:

—¡Sí, señor, loro!... ¡Eso es, loro!... ¡Loro, loro, loro!... ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Loro! —le gritó cuando ya iba a cerrar la puerta, mientras le sacaba la lengua con el más gracioso y el más descarado de los gestos.

Magda marchó directamente a encontrar a su novio. Tenía que convencerle con pocas y contundentes palabras de que era preciso casarse en seguida, sin vacilar, sin detenerse en miramientos... Ella no

volvía a su casa más que las horas precisas para esperar a que el matrimonio se celebrara.

Al entrar en el hotel se encontró con dos estudiantes que la detuvieron un momento, con aquella alegre camaradería que les unía a todos en estrecho lazo, y, sintiendo cabrilleares por el cuerpo el diablillo de la picardía, se pusieron a cantar, marcando el paso y siguiendo el compás de la música, el marcial himno de los estudiantes:

Prestos a pelear
presto a combatir
siempre
siempre
siempre.
Si es preciso luchar
no cobarde el huir
siempre
siempre
siempre.
Nuestro lema será
nuestra sangre verter.
¡Vencer o morir!...

¡Es preciso avanzar
y jamás retroceder!...
¡Jurad fidelidad a la bandera;
venid a nuestras filas a formar,
Gritad: ¡La juventud es la primera!
¡Traed el que la impida zaminar!...
¡Luchad con la esperanza de vencer!
¡Jamás de la victoria hay que dudar!
La paz la lograréis de esta manera,
después que al enemigo hagáis temblar...

—Buena, yo quiero hablar con Adolfo—dijo Magda cuando hubieron concluido aquella broma, a la que se había prestado de buen grado, a pesar de su pésimo humor, y en la que hablase distinguido por la gracia de sus movimientos tan suavemente femeninos, que contrastaban con la visible patosidad de los dos estudiantes, no muy versados en el ritmo ni en el arte.

—¿Con Adolfo?... Pues sube; en su cuarto debe estar.

Magda subió rápidamente y entró sin pedir permiso en el cuarto de Adolfo...

Federico, que no cesaba en su empeño de encontrar al colaborador en el engaño de que le hacía víctima su novia, habíase encaminado al cuarto de Adolfo, después

de haber dejado a los dos amigos leyendo el interesante folleto "25 maneras distintas de quitarse la vida".

Federico iba aún con el cabello

misterioso prendido entre sus dedos y, encontrándose ante la respetable calva de Ramón, que le recibió con su fina y ceremoniosa sonrisa, buscó, entre los escasísimos pelos que formaban una tenue aureola alrededor de aquel sol de piel luciente y aceitosa, uno que pudiera servirle para comparar... ¡Pero tampoco era el parejo a aquel que él tenía cogido!...

—Señorito—le dijo Ramón, que no había hecho caso de la botatada de Federico, a las que todos estaban acostumbrados—. ¿Le gustaría esta noche disfrazarse de buzo de los mares del Sur?

—¿Qué estás diciendo de los mares del Sur? —preguntó Federico, que estaba distraído cotejando los dos cabellos.

—Mire el señorito qué bellísimo disfraz... —añadió Ramón, mostrándole una escafandra colosal capaz de asustar a cualquier tiburón.

—¡Oh!... ¡Magnífico, colosal, estupendo, piramidall!... ¡Con esto sí que no voy a conocerme ni yo mismo!... Anda, llévame a mi cuarto, ¿quieres?... Yo espero aquí a Adolfo.

—Sí, señor... el señorito está en el baño, no tardará en salir.

Federico se quedó solo un buen rato, pensando en su mala suerte que no le permitía conocer a su rival. En vano había arrancado pelos a toda la concurrencia del hotel. Ni los jugadores que estaban en la sala de juego, que embebidos en el interés de la partida, no se dieron cuenta del hurto que en sus cabelleras había hecho, eran los autores del delito. Todo eran pelos castaños, insípidos, que no decían nada al espíritu de Federico. El buscaba un pelo negro... negro y recio... No aquellas guejeas insubstanciales de todos los estudiantes. Los tres jugadores se habían dejado *tomar el pelo*, con toda su filosofía de jugador. Uno ni tan sólo lo sintió; otro levantó la mano como si quisiera ahuyentar a una mosca; el tercero se limitó a rascarse como si algún animalito inesperado se hubiera atrevido a alimentarse de su substancia cutánea. Federico se alejó de la sala de juego tan decepcionado como se había alejado de todos los lugares a los que había ido en busca del pelo misterioso.

Y ahora, mientras esperaba a Adolfo, pensaba en quién podría ser el afortunado rival que compar-

tía con él el amor de aquella muchachita tan deliciosa, tan frívola, tan poco aprensiva, que era fácil al amor, fácil a las caricias, y ultrafácil a los suspensos.

Adolfo salió del cuarto de baño con la larga bata cruzada y bien atada en la cintura, y la toalla arrollada en torno a la cabeza en forma de turbante. Federico le miró desesperado. ¡Allí sí que era imposible buscar ni un pelo!... ¿Cómo se le habría ocurrido a aquel imbecil taparse de tal forma la cabeza? A Federico no se le alcanzaba el porqué y buscaba, mirando con detención, un lugar por el que introducir sus hábiles dedos y arrancar aquel preciado tesoro de la cabellera del único que le faltaba examinar.

—¿Qué hay, Fede? ¿Qué te trae por aquí?—preguntó Adolfo que se paseaba agitadamente arriba y abajo de su cuarto, preocupado por lo que su novia le había dicho por teléfono.

—Pues, nada... ahí verás... —susurró Federico, mientras le seguía los pasos y miraba y miraba con una atención que comenzó a inquietar a Adolfo.

—¡Ah...ja! —gruñó Adolfo, volviendo a sus paseos.

Ante la inutilidad de sus esfuerzos, y la necesidad perentoria, absoluta, irremisible que tenía Federico de poseer un cabello de su compañero, le dijo bajando la vista con un poco de rubor, como si fuera una damisela romántica:

—Oye, Adolfo...

—¿Qué?

—Dame... Dame un mechón de tu pelo...

—¿Eh?...—exclamó Adolfo cada vez más alarmado.

—Sí, hombre, anda...—dijo Fede sonriendo tímidamente y rogando con una humildad sumisa—. Un mechoncito nada más... Un ricitito de esos que tienes ahí, detrás de la oreja...

—¿Pero, oye...! ¿Tú?...

—¡Pero si son dos o tres pelitos nada más!... No seas avaro de tus encantos...—dijo Fede, que no había penetrado en la alarma, ni en la intención de las palabras de Adolfo.

—¡Pero Fede! —volvió a exclamar éste mirándole atónito y burlón—. ¿Tú?...

—¿Qué? —preguntó Fede que preocupado por la busca del pelo

no acababa de entender el equívoco de la situación.

—¿Pero tú?...

—Yo.. ¿qué?—volvió a preguntar Fede, que quería averiguar qué era lo que su amigo quería significarle.

Entonces Adolfo le hizo un gesticillo equívoco, inconfundible, ante el que ya no era posible dudar de lo que le preguntaba. Y Fede, poniéndose de pronto serio, todo lo serio que él se podía poner, exclamó:

—¿Yo?... ¡Vamos, hombre!... ¡Cuidado!... ¿eh? ¡Formalidad, Adolfo, formalidad!... ¡A mí eso no!... Es que... quería hacerte solamente un juego de manos...

La entrada de Magda cortó la conversación de los dos hombres. Hizo una entrada silenciosa, apareciéndose ante ellos como una sombra o como una aparición. Adolfo la miró sorprendido, no sabiendo a qué atribuir aquella visita inesperada. Federico la miró con complacencia, porque Magda era muy bonita y a él le gustaban mucho las flores lozanas y las frutas jugosas... y las mujeres jóvenes y bellas que tenían un poco de unas y de otras.

—¿Cómo has venido? —le preguntó Adolfo con extrañeza.

—¿Te parece raro, verdad? Vengo a hablar contigo—contestó Magda seriamente, dando a comprender que iba allí a tratar de un asunto muy importante—. ¿Quieres dejarnos solos, Federico?

—¡No te vayas, espera! —gritó Adolfo al ver que Fede iniciaba prudentemente la retirada—. Tú no puedes quedarte sola conmigo... aquí... en mi cuarto...

—¡Ja, ja, ja!... —rió Magda despectivamente, con una risa de quien ya no tiene prejuicios y nada le importa la opinión de las gentes. ¿Por qué no puedo estar sola contigo? ¡Soy una mujer libre!... ¡Completamente libre!... ¡Dueña de mis actos!... Vete, Federico...

Volvió a iniciar éste la retirada y volvió a detenerse al escuchar la voz de Adolfo que le decía en tono autoritario:

—¡No te vayas, he dicho!... ¿Quieres decirme, Magda, a qué viene todo esto?

—¿Que a qué viene? A que soy una mujer independiente. No tengo casa... No tengo familia... ¡No tengo a nadie en el mundo!... Y, como estoy sola, he decidido... ¿Cómo

llamáis vosotros a eso?... ¡Ah, sí!... ¡He decidido soltarme el pelo, eso es!... Ramón, sirve tres cocteles de coñac... Es decir, no, sirve sólo dos... porque tú, Fede, vas a salir de aquí de... ¿Cómo es eso?... ¿cómo es?... ¡Ah, sí!... Vas a salir de naja... ¡pero ahora mismo!

Fede iba a salir. Otra vez le detuvo Adolfo con energía:

—¡No, ni de naja ni de ningún modo!... ¡Quédate, Federico!

—¡Digo que te vayas! —gritó Magda.

—¡Digo que te quedas! —rugió Adolfo.

—¡Que te vayas! —porfió ella.

—¡Que te quedas, te digo yo! —porfió él.

Federico iba y venía de la puerta a cada nueva orden que le daban aquellas dos personas de tan diversa opinión, hasta que cansado de los inútiles paseos, se cuadró ante ellos y les dijo:

—Pero, hijitos... ¡Poncos de acuerdo, caramba!...

—Bien, quédate, si os empeñáis. Pero cierra los ojos y tápate los oídos, Fede, porque yo estoy aquí como si estuviera en mi casa. ¡Ramón, a ver, prepárame el baño y saca un pijama del señorito!

—¿Pero tú te has vuelto loca?... ¡No prepares nada, Ramón! —ordenó Adolfo.

—Prepara lo que te he mandado, Ramón.

—¡Que no lo prepares! —volvió a decir Adolfo, como si estuviera empeñado en contradecir todo lo que ella proponía.

—Escucha, Adolfo—dijo Magda poniéndose brava—. Escucha bien lo que voy a decirte; ¡O nos casamos mañana mismo o nos escapamos esta noche!... ¡No lo pienses!... ¡Tiene que hacerse como digo!... Si lo piensas es que no me quieres y si no me quieres... si no me quieres... me escaparé con otro cualquiera... Con Fede, por ejemplo.

A Fede le saltó el corazón en el pecho. ¡No era nada aquella amenaza!... Amenazas así, las quisiera él a diario... Dió un brinco, agarró a Magda por el brazo y dijo entusiasmado:

—De acuerdo, chica... A las 8 sale el rápido de Irún... de modo que si quieres, no tienes más que avisar...

Fede salió de la habitación para que los dos novios pudieran ponerse de acuerdo libremente. Ahora ya sabía que si fracasaban las gestio-

nes de Magda cerca de Adolfo, a las 8 la encontraría en la estación y podrían marchar tranquilos a pasar unas vacaciones anticipadas que serían también un anticipo de la gloria... La boca se le hacia agua al pensarlo... Incluso se olvidaba, con aquella idea, del cariño que encontraba al lado de su novia... ¡Pero como su novia le engañaba... justo era que él se permitiera el lujo de engañarla a ella!...

Magda se acercó a Adolfo, le miró de hito en hito, y le dijo:

—Bueno, ya sabes a qué he venido, eligo... ¡pero sin pensarlo!... O te casas conmigo, o te escapas conmigo... o yo me escapo con cualquiera y a ti te deberé mi perdición... ¡Vamos, decide!

Adolfo tardó unos momentos en contestar. El problemita era arduo... difícil la respuesta e imposible la inmediata solución de él... ¿Qué hacer? Como todo subterfugio para dar alargos al asunto, se le ocurrió decir entre mohino y malhumorado:

—Es fácil decir que decida... Pero, ¿y mi familia?

—¡Para familias estoy yo!... ¡No me hables de familia!...

—Bien, pero para casarse hacen

falta papales... requisitos indispensables que no se improvisan...

—No... lo que hace falta son ganas... ¡nada más!... ¡Eso es que no me quieres!... ¡No me quieres!... —lloró Magda a punto de darle un ataque de nervios de aquellos a los que las mujeres recurren con tanta facilidad para someter a los hombres.

—¡Sí, mujer!... ¡Te quiero!... ¡Te quiero!... ¡Te quiero!... ¿Cómo quieres que te lo diga? Te lo diré cantando, bailando, si tú quieres; te lo diré como se te antoje... Pero comprende que yo necesito reflexionar... Necesito tiempo para poder pensar en esta situación que me planteas de improviso... Dame un plazo siquiera... Vete a tu casa y mañana...

—¡Mañana!... ¡Mañana!... No; ahora mismo. ¡Esta noche!

—Bueno, mujer, pues sea como tú quieres. Esta noche. Puesto que ninguno de los dos vamos al baile, tú en tu casa y yo aquí lo arreglaremos todo...

—¿Para casarnos mañana mismo?

—Si hay un medio, mañana mismo, si no, en cuanto sea posible...

—dijo Adolfo con voz persuasiva al

ver que su novia iba ya cediendo—
¿Dudas de mí?

—Sí... dudo. Dudo de todos y de todo y de ti más que de nadie... ¿Si supieras!... ¡Estoy decidida!... Mañana, nos casemos o no nos casemarcharé de casa... ¡Estoy decidida!

—Pero antes hablaremos.

—Sí... te llamaré por teléfono a las doce, ¿quieres?

—A las doce en punto de esta noche. De aquí a entonces habremos podido pensar con calma en alguna solución razonable. Hasta luego, nenita.

—Hasta luego, Adolfo. Y no olvides que estoy decidida...

Magda estrechó la mano de su novio y marchó a su casa. Había comprendido la razón que asistía a Adolfo para no tomar una resolución tan trascendental en tan corto espacio de tiempo y se iba resignada a esperar, ya que era sólo la espera de unas horas la que se interponía entre su resolución y la solución que Adolfo pudiera encontrar al conflicto familiar que se había planteado a Magda con el inusitado amor de su madre...

* * *

La noche había llegado y con ella el afán de divertirse de todos los que estaban invitados al célebre baile anual que se daba a beneficio de aquella asociación de la que nadie conocía muy bien sus fines y apenas, apenas, su nombre.

Era un baile que nadie se dejaba perder. Todos los estudiantes, todos los familiares de los estudiantes y hasta todos los criados de los estu-

diantes, se permitían aquella noche el lujo de echar una cana al aire y marchar al baile en el que, ocultos bajo el disfraz, podían mezclarse sin sentirse molestos ni cohibidos los servidores entre sus amos, ni heridos en su orgullo los amos entre sus servidores.

Adolfo se vistió la bata de casa disponiéndose a pasar la noche recluido en la habitación, como no

había hecho nunca en noche parecida durante todos los años que llevaba de estudiante, resuelto a cumplir como era debido con su novia, a la que amaba lo bastante para no despreciar en el momento en que ella necesitaba de él.

Ramón, el criado, se había vestido un severo dominó que daba mayor majestad a su figura y había ocultado la calva severa bajo la capucha del disfraz. Pero le daba pena dejar solo a su señorito, y aún intentó discretamente animarle para que fuera a la fiesta cuando la señorita Magda le hubiera llamado por teléfono. Las doce de la noche era apenas el principio del baile que se prolongaba hasta que el día lucía en todo su esplendor.

Adolfo se negó suave, pero enérgicamente, y Ramón, inclinándose con prosopopeya, le dijo:

—¿De verdad, de verdad no me necesitará el señorito?

—De verdad. Puedes marcharte tranquilo y divertirse mucho. Pero vigila tu calva, porque si la dejas al descubierto te van a conocer.

—Descuide el señorito... Muchísimas gracias... Que el señorito pase bien la noche...

—Adiós, Ramón... Hasta mañana, si es que te acuerdas de volver —le embromó Adolfo al que hacía mucha gracia que aquel vejstorio estuviera aún con humor bastante para asistir al baile como un mequetrefe de veinte años.

* * *

Magda se vistió como si tuviera que asistir al baile benéfico. No quiso disfrazarse, pero se puso el traje más elegante que encontró en su ropero, para que así su madre creyera que iba a salir de casa. Bajó al hall, se sentó en una mecedora

muelle, al lado de la lámpara y cerca de la mesa donde descansaba el aparato telefónico, y cogió un libro para darse el aire de estar sumida en la lectura y así evitar las conversaciones. No tenía ganas de hablar con nadie. Estaba de tan

mal talante que le faltaba poco para echarse a llorar. Pero se contenía. Ella era una mujer, toda una mujer y no una niña malcriada. Si su madre tenía el capricho de abandonarles para seguir a un hombre... también ella abandonaría pronto la casa para seguir a otro hombre...

Pero ni esta idea lograba mejorar su espíritu abrumado por todos los incidentes de aquel día que había de figurar como el más negro en la historia de su vida, si es que su vida llegaba a tener historia.

No tardó en bajar su madre, vestida también con una elegancia sencilla y perfecta, disponiéndose a ir al baile, a ver, seguramente, al mamarracho del monóculo... Eso pensó Magda al mirarla de reojo sin que su madre lo notara—. La señora se acercó a su hija, que no se dignó levantar los ojos para mirarla, la besó sin obtener respuesta a aquel beso y, viendo que todo era inútil para borrar el enojo de su hija, se alejó con paso leve sin volver la cabeza.

Magda hundió en el butacón su cabecita llena de amarguras y luego fingió seguir leyendo.

Al poco rato bajó Julio, su hermanito, emancipado ya por la des-

avenencia paternal y por el total abandono en que había vivido siempre a consecuencia de ella.

—¿Se ha ido ya mamá? — preguntó bajito por temor a que estuviera aún en la casa.

—Sí — contestó Magda sin apartar los ojos del libro.

Julio la miró y comprendió que seguía enfadada con él desde la mañana, por la conversación que habían tenido después que su madre les anunció su decisión irrevocable de volverse a casar.

El muchachito no sabía cómo hacer para que su hermana le dirigiera la palabra o le sonriera siquiera por un momento. No les había sucedido aquello jamás. Nunca habían dejado de hablarse durante tantas horas por un enfado, porque Magda era siempre la que iba a mimar a Julio después de cualquier altercado fraternal. Se acercó más a ella y le dijo muy serio, como si ya fuera un hombre:

—Si llego tarde, muy tarde, no te preocupes... Me voy al baile... A mamá le dices que madrugué para ir a la sierre, ¿oyes?

—Está bien — replicó Magda leyendo con suma atención el librito que seguramente no le inte-

resaba en absoluto, puesto que hoy eran incomparablemente más intrigantes los pensamientos que se almacenaban en su cabecita.

—Magda, ¿sigues enfadada conmigo? — le preguntó Julio acariciándola temeroso—. ¡No tomes tan en serio las cosas!... Anda, sonríete para que vea que se te ha pasado el enfado.

¡En eso estaba pensando Magda, en sonreír!... ¡Sonreír cuando tenía a todos los demonios metidos en el cuerpo! ¿Qué creía aquella criatura insulsa de Julio? ¿Que se riera después de haberla dejado él también sola y plantada como todos los demás? ¡Gracias a que había en el mundo un Adolfo y que ese Adolfo la quería de veras!... Síno, ¿qué sería de ella sin padre, sin madre, sin hermano que la apoyara y la sostuviera?

—¡Déjame en paz!... — contestó a las palabras de Julio haciendo un significativo gesto.

—No te dejaré en paz hasta que me sonrías y me des un beso — dijo el niño besándola en la frente con mucho cariño.

—¡Te digo que me dejes en paz!

—No... ¡sonríeme!

—¡No tengo ganas!... ¿Entiendes?

—Entonces me quedo para darte la lata hasta que me sonrías — dijo Julio decidido a hacer lo que amenzaba.

Magda le miró con mirada severa y con gesto de cansancio. Hizo un esfuerzo y le sonrió con una sonrisita de conejo que debió satisfacer las aspiraciones de Julio que exclamó, corriendo hacia la puerta:

—¡Hasta mañana!... Y si mamá pregunta por mí, no lo olvides: ¡que me he ido a la sierra!...

Magda le miró partir con sus ojos serios y preocupados y volvió a abstraerse en la lectura. En la casa todo era silencio. Habiendo marchado su madre y el niño, que eran los que metían más alboroto después de ella; estando ella de tan pésimo talante que no tenía ganas de hacer ruido ni de que nadie la molestara, la casa estaba sumida en el más profundo de los silencios. Los criados debían estar, sin duda, en la cocina haciendo planes para aquella noche. Pero hasta el hall no llegaban ni sus voces ni el rumor de los platos y los vasos. Magda hubiera podido creerse

sofa en aquel caserón. Pero pronto el silencio se interrumpió con el ruido de unos pasos que venían del pasillo. Aparecieron en la puerta la camarera y el criado. Fué la doncella la que preguntó, respetuosa:

—¿Va a salir la señorita?

—Ya ves que no — contestó Magda, cuyos ensueños venían a ser interrumpidos por aquella majadera para hacerle una pregunta todavía más majadera que ella misma.

—Es que... créi... ¿Como va vestida!...

—¿Quieres que esté desnuda? No, no salgo. ¿Ea, ya lo sabes!

—Es que... si la señorita no va a necesitarme...

—Te quieres ir al baile, ¿no es eso?... Ve, mujer, ve... y si vuelves tarde, con decir que te has ido a la sierra...

—Muchas gracias, señorita, muchas gracias... — contestó, contenta, la doncella.

El criado miraba a la señorita sin atreverse a formular la misma petición, por respeto y por temor. Pero no se necesitaba ser lince para comprender lo que aquel pas-

marote quería. Magda le miró y le dijo:

—Qué, ¿también quieres ir tú a la sierra? Pues iros los dos y dejadme en paz.

—Gracias, señorita: muchas gracias.

—Por si a la señorita le hacía falta alguna cosa ya he avisado a Justina. Que descansen la señorita.

—Y vosotros que no descanséis en toda la noche... — contestó Magda.

Cuando volvió a hacerse el silencio, cuando oyó que la puerta de servicio se cerraba tras ellos, Magda miró el reloj. Eran las once y media. Aun faltaba media hora antes de poder hablar con Adolfo por teléfono conforme habían convenido. Magda pensó que el tiempo se había detenido, porque aquellas horas de espera se le hacían eternamente largas. Luego pensó que no había pensado nada... ¿Qué decirle a su novio del camino que debían tomar? Se habían dado aquel plazo para pensar en una solución factible, pero Magda no podía pensar en nada razonable como no fuera en que ella quería marcharse de casa, fuera como fuera y donde fuera. No le importaba la opi-

nión ajena. Si Adolfo, como hombre, le negaba también su protección, se iría a un convento a consumir en él el resto de su vida. Pero estaba segura de que la solución sería el matrimonio... ¿Por qué no esperar que Adolfo se decidiera? Sí, se decidiría ante el temor a perderla. Se casarían y serían felices... felices... felices...

Magda entornó los ojos, dejó caer el libro sobre sus rodillas y soñó a sus anchas en aquel amor que se le ofrecía con tan bellas perspectivas. Cuando una mujer sueña en el amor es como si el mundo se transformara y en él no quedara más que la belleza, la felicidad, la bondad de los hombres... Como si de pronto marcharan de él todas las lepras que lo corroen. Como si el paraíso bajara a la tierra a rociarla con sus nubes de rosa y oro. Porque la imaginación de una mujer enamorada lo borra todo, todo, todo, para dejar únicamente lo que a ella puede hacerla feliz.

Así le sucedía a Magda en aquellos momentos. Amaba y era amada. ¿Qué más le podía importar todo lo que ocurriera? Si su madre no la quería, si su padre la había abandonado, si su hermanito se marcha-

ba con su padre en lugar de quedarse a su lado y ayudarla en la hora de la prueba a que la locura materna les conducía, ¿qué podía importarle si Adolfo la amaba?

¡Soñaba... soñaba! Era un dulce ensueño que la mecía en el mejor de los mundos. Ya se había ido de sus ojos la severidad y de sus labios la rigidez. Aquéllos, grandes, negrísimos, profundos, brillaban con una luz triunfante; y éstos sonreían dejando al descubierto la blanquísima nitidez de los dientes apretados.

Con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, meciéndose suavemente como si fuera el compás de la música el que la meciera, Magda cantó una bella romanza sentimental que le había inspirado aquel momento amoroso que estaba gozando ella sola, con el recuerdo del amado junto a sí:

Si es cruel vivir
es mejor soñar,
todo es ilusión en la vida...
Muy cerca de ti
siempre me tendrás
porque en mí
pensando estás.
Sueña, canta, ríe...
sueña con locura,
ansia de vivir...
Sueña, canta, ríe...
sueña que soy tuya,
que estoy junto a ti.



—¿Que estás decidida a casarte, madre?



—¡Pobres Maurício! ¿Por quinientas pesetas nada más?



—¡Ay, Fede de mi alma! ¡El peso que me has quitado de encima!



¡Soñaba!... Era un dulce sueño que la mecía en el mejor de los mundos.



...indefenso porque a aquellas tres furias no se les ocurrió nada mejor que hacerle cosquillas.

— ¡Todo resuelto!...
¿De veras? — preguntó
la voz gozosa de
Magda.





—¿Querías hacerme creer que estabas enamorada de mí?...



—Perdone, joven, ¿vienen usted a comer o a beber?...



—¡Qué feliz soy de que tú no tengas celos!...



—¡Sufre ella! ¡Sufre yo! Y tú... ¡tan tranquilo!



—Gacinas... Pero la
cuestión es que hoy me
me siento criminal.



Las monjas estaban en el obrador ensiendo un vestido de novia...



—Es usted una niña mal educada, voluntariosa, necia, irrespetuosa, ton-
ta, vanidosa...
—¿Y nada más?



—¿Y es usted el que tiene que seducirme y casarse conmigo?



—Puede usted azararnos, señor Juez.



—¿Es verdad que
iba al convento todos
los días para siempre can-
tar?

Si la realidad
es ilusión,
hay que alentar
el sueño de amor...
Sueña, canta, ríe...
que el amor es eso:
¡Un sueño de dual...

Magda entornó otra vez los ojos y pensó en la belleza de aquellas palabras y en la armonía espiritual que ellas encerraban:

El amor es eso...
¡Un sueño de dual...

¿Por qué no esperar que el sueño se tornara real? ¿Por qué no esperar que Adolfo vendría a resca-

tarla como el príncipe encantador de los cuentos de hadas en el que todas las muchachas sueñan a los diez y ocho años?

Miró el reloj. Faltaban diez minutos todavía. Iba a esperar, segura de su triunfo de mujer enamorada. Iba a esperar mientras seguía pensando y susurrando, en la tonadilla sentimental cuyas palabras despertaban en su corazón un mundo de sentimientos:

El amor es eso...
¡Un sueño de dual...

* * *

Hundido en el butacón, a la luz tenue de la lámpara, con un libro entre las manos y el rostro frunciendo por la preocupación, Adolfo leía o fingía leer esperando que el timbre del teléfono viniera a sacarle de aquel mutismo y de aquel silencio que le estaba enervando. Era noche de alegría para todo el mundo... ¡y para él de fastidio! ¿Cómo se le habrían ocurrido a Magda aquellas extravagancias que le ponían en tan difícil aprieto? ¿Qué iba a hacer con ella, si no le entraba la refle-

xión? ¿Cómo decir a sus padres que se casaba antes de terminar la carrera? No se lo consentirían. ¿Cómo iban a consentírselo!... Su padre le llamaría botarate ¡y tendría la razón! ¡Su madre diría que para aquello lo había mimado toda la vida! Sus hermanas pondrían el grito en el cielo porque las privaba de hacer una boda estupenda en la que ellas hubieran lucido tanto y en la que ¡quién sabe!... hubieran podido encontrar al hombre que las había de hacer felices. En fin, todos se pon-

drían en contra del casamiento rápido, que siempre despierta sospechas y suspicacias entre las amistades, tan amantes de levantar falsos testimonios... Y él no quería poner en entredicho a Magda, a la que estimaba lo bastante para no cometer con ella ningún desatino.

Un grupo de máscaras — máscaras femeninas a juzgar por los chillidos agudos de sus voces y porque siendo un grupo de tres armaban más ruido que si todos los demonios del infierno hubiéranse desencadenado de pronto — vino a interrumpir las cavilaciones de Adolfo que se levantó para recibir a la inesperada visita.

Las tres máscaras le rodearon, le cercaron, le llamaban con sus vocécitas desfiguradas y se reían a carcajadas al ver la cara de susto que Adolfo ponía tratando de averiguar su personalidad.

—¿Quiénes sois? — les preguntó.

—¡Unas pobrecitas enamoradas!
— replicaron a un tiempo, como si hubieran ensayado la farsa durante días y días.

—¿Enamoradas?... ¿De quién?

—¡De ti!...

—¿Las tres? — preguntó Adolfo, siguiendo la broma.

—¡Sí, sí, sí!... ¡Las tres!...

—¿Y qué vais a hacer conmigo? Porque yo, a las tres, no os puedo tomar por esposas.

—Haremos lo que quería hacer Salomón con el niño... Sólo que a ti te dividiremos en tres pedazos...

—¡Caníbales!...

—¡Ja, ja, ja, ja, ja!... — reían las máscaras.

—¡Quiero saber quiénes sois!...

—¡No, no, no, no!...

—Bueno, entonces, ¿para qué habéis venido?

—Para que te vengas con nosotras.

—¿Adónde?

—¡Al infierno, si es preciso! — contestó la que parecía más interesada en el juego y que, seguramente, era la que lo había ideado, porque las otras dos se limitaban a hacer de comparsa y a corear lo que la primera decía.

—¿Y qué haré yo en el infierno?
¡Yo no me muevo de aquí! — dijo Adolfo con resolución.

—¿Qué no? ¡Ay, pobrecito!... ¿Qué hombre se ha resistido jamás a la voluntad de una mujer? ¿Y qué hombre será bastante bravo para re-

sistir a la voluntad de TRES mujeres?... ¡Te vienes con nosotras!

—¡No iré!...

—Vendrás... ¡por las buenas o por las malas! — contestaron las máscaras echándose sobre él, acorralándolo hasta un sillón y cebándose con ensañamiento en aquel cuerpo indefenso... indefenso porque a aquellas tres furias no se les ocurrió nada mejor que, para vencer la fuerza masculina, hacerle cosquillas con tanta rapidez y tanta maña que Adolfo no tenía tiempo más que para retorcerse en el sillón y lanzar nerviosas carcajadas que empeoraban la situación, porque al oír las, las tres máscaras, sintiéndose dueñas absolutas de su víctima, se cebaban en ella con mayor ensañamiento.

Adolfo no era más que un pobre pelele entre las manos de las tres mujeres. Estaba dominado por ellas totalmente. Una le había ya sacado la bata y se disponía a meterle por la fuerza el disfraz, mientras las otras dos seguían inmovilizando — si se puede llamar así a una persona que se retuerce como si estuviera presa de un ataque de epilepsia — al pobre Adolfo que en vano ponía el grito en el cielo:

—¡Ay, ay, ay!... ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Ay, no, no, por Dios!... ¡Basta ya!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Basta!... ¡No seáis pesadas!... ¡Esto es ya demasiado!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Oye, oye, mascarita!... ¡Por las buenas, por las buenas! — gritó cuando ya no podía más.

—¿Por las buenas de veras? — le preguntaron las máscaras.

—¡Por las buenas! — contestó Adolfo poniéndose en pie al sentirse por fin libre de aquel ataque que parecía iba a acabar con él—. ¡Por las buenas os digo... que ni a cachos me sacaréis de aquí!...

—¡Ah!... ¿Esas tenemos?... ¡Al ataque! — gritaron las tres furias lanzándose de nuevo sobre Adolfo y volviendo a comenzar el pesadísimo juego.

Adolfo se estiraba, se encogía, se retorció en el sillón, pateaba como un chiquillo y gritaba en demanda de socorro, pero nadie venía en su ayuda. En el hotel no debían quedar más que aquellas tres máscaras que se estaban cebando en él con una maldad inconcebible... ¿No habría alguien que se apiadara de Adolfo? ¿Nadie que viniera a libertarlo de aquellas manecitas encantadoras que de buena gana mor-

dería y destrozaría si en el fondo de su ser no quedara incólume el sentimiento de la caballerosidad?

¡Sí!... Alguien vino en ayuda de Adolfo: el timbre del teléfono. Aquella campanilla que sonaba con insistencia, como movida por una mano misteriosa, inmovilizó a las tres mujeres e hizo incorporar a Adolfo. Las cuatro se quedaron mirando la pequeña y misteriosa caja que seguía sonando, como si alguna hada maliciosa se hubiera metido en ella. No sé qué hay en toda llamada telefónica que causa siempre un pequeño, imperceptible sobresalto en el corazón. Es un aviso que nos llega de una parte lejana y que es, por unos instantes, un interrogante que está suspendido sobre nuestra vida. ¿Quién llamará? ¿Nos dará una noticia buena? ¿Nos anunciará una desgracia? ¿Será la novia o la amante que viene a decirnos unas palabritas de consuelo? ¿Será un *inglés* que nos reclamará la cuenta que le debemos y no le podemos pagar? ¿Será simplemente alguien que se equivoca de número? Sea quien sea, lo cierto es que el sonido de la campanilla que se escucha dentro de la cajita por la que vamos a oír una voz amada, o una voz des-

conocida, o una voz indiferente, o una voz odiada, nos asombra y nos inquieta sin que muchas veces nosotros mismos nos demos cuenta de ello.

Si se hubiera preguntado a aquellos cuatro personajes por qué se habían quedado tan perplejos al oír la voz de metal del teléfono que avisaba, ninguno de los cuatro hubiera podido dar una explicación clara y precisa del por qué. Y era por esa extraña inquietud que nace siempre en el subconsciente ante la incógnita de la llamada del teléfono.

Sólo Adolfo hubiera podido decir algo a este respecto, pero hubiera necesitado equilibrarse un poco antes de contestar, porque las cosquillas a que le habían sometido durante diez minutos sus crueles y encantadores verdugos, le privaban de todo razonamiento. Pasado el primer asombro y recobrado su normal modo de ser al recobrar una posición decente y una libertad de movimientos que no había tenido desde que ellas entraron en el cuarto, Adolfo pensó que la que llamaba a aquella hora—las doce—no podía ser otra que su novia.

—¡Silencio! — dijo a las máscaras que seguían riendo a carcaja-

das—. ¡Silencio! No puedo tomar el auricular hasta que os estéis calladitas.

—¡Ja, ja, ja!... — rieron ellas, que no tenían malditas las ganas de callarse.

—¡Por lo que más queráis, silencio! — imploró Adolfo, con la mano puesta sobre el auricular y sin atreverse a acercarlo al oído—. Estaros quietas ahí, un momentito nada más... Después os prometo irme con vosotras dónde queráis; pero ahora ¡silencio!...

Las tres muchachas le rodearon y se callaron, con la risa a flor de labio, al ver la cara angustiada de Adolfo que descolgó el aparato sin dejar de mirarlas imponiéndoles silencio, temeroso de que no cumplieran y que le descubrieran, dando lugar a que se le acusara de un delito que no había cometido.

—¡Aló!... — dijo con miedo.

—¿Eres tú, Adolfo? — preguntó la voz de Magda que sonaba a dichosa, porque le hablaba bajo la influencia del maravilloso sueño de amor que había tenido en la soledad deliciosa de su casa—. Mira, me han dejado sola, completamente sola y podemos hablar todo el tiempo que queramos.

—¡También a mí me han dejado solo! — dijo Adolfo, con una voz engolada, a la que el miedo no dejaba salir libremente.

—¡Qué bien se está así, sin que nadie, absolutamente nadie nos moleste! ¿Verdad?

—Sin que nadie, absolutamente nadie nos moleste — replicó Adolfo mirando con angustia a las máscaras que estaban haciendo inusitados esfuerzos para contener la risa.

—Mientras los demás se divierten a su manera, tú y yo podemos decirnos muchas, muchas cosas...

—Muchas, muchas cosas... — murmuró Adolfo cada vez con mayor angustia y sobresalto.

—Pero, oye... ¿qué te pasa? — preguntó la voz de Magda, que comenzaba a escamarse—. Pareces el eco...

—El eco, digo, sí, eso mismo estaba pensando yo... ¡Sigue, sigue!

—¿Has pensado en lo que te he dicho esta mañana?

—Sí... ¡muchísimo!... Ahora mismo estaba dándole vueltas a esta cuestión... ¡Todo está resuelto! — dijo Adolfo precipitadamente, sin saber lo que se decía y sin ver que se estaba metiendo en un enredo del que difícilmente podría luego salir.

—¡Todo resuelto!... ¿De veras? — preguntó la voz gorruda de Magda—. ¿Nos podremos casar mañana mismo?

—¡Ya lo creo! ¡En cuanto abran las iglesias!... Y si cuando vayamos están cerradas, nos esperamos y, en cuanto las abran... ¡zas!... ¡adentro!

—¡Oh, qué dicha!... ¡Qué sorpresa se va a llevar mamá!... No diremos nada hasta que estemos casados, ¿eh?... Pero, oye, ¿no nos harán falta los papeles?

—¿Los papeles? ¿Qué papeles? — preguntó Adolfo que sudaba angustiosamente, porque las máscaras se burlaban de él, porque su novia le hablaba de cosas para las que ahora no estaba preparado ni en situación de contestar.

—Tú lo has dicho esta mañana... Yo no sé qué papeles son.

Las tres máscaras se miraban unas a otras con un ansia grande de soltar la carcajada ante todas aquellas sandeces que Adolfo estaba diciendo por teléfono, y Adolfo las miraba con mirada suplicante, para que no se les ocurriera reír o decir cualquier majadería antes de que hubiera podido desconectar la comunicación. Magda le hablaba y le

hablaba con deleite, como persona que está sola y encuentra un consuelo en poderse comunicar con alguien querido, aunque sea a distancia, Adolfo apenas la escuchaba, deseoso de poner término a la conversación.

—¿Qué?... ¿Qué dices?... ¿Que te mande un beso? — Adolfo sonrió, porque aquello olía ya a despedida—. Sí, mujer, sí... lo que siento es no podértelo dar personalmente... Ahí va...

—¡Ja, ja, ja, ja! — rieron a coro en una carcajada estridente las tres máscaras—. ¡Qué conversación tan interesante!... ¡Ja, ja, ja, ja!...

Adolfo oyó a través del teléfono un sollozo apenas contenido y el golpe seco del aparato que cortaba la comunicación.

—¡Magda, Magda, escúchame!... ¡Oye!... — gritó desesperado Adolfo—. Magda, oye...

—¡Ja, ja, ja! — volvieron a reír cruelmente las mascaritas.

Adolfo dejó el teléfono, se puso en pie rápidamente, se encaró con ellas decidido a usar de toda su fuerza y a olvidarse que estaba tratando con mujeres, y les dijo:

—Ahora nos vamos a ver... ¡De aquí no sale ninguna sin quitarse

la careta!... ¡Quiero saber de quién me he de vengar!

Las muchachas se abalanzaron sobre él y repitieron la escena de las cosquillas. Adolfo manoteaba con fuerza para conseguir arrancarles

el antifaz, pero una de ellas, más lista que las otras, alargó la mano y... ¡apagó la luz! Amparadas por las sombras, salieron de la habitación dejando a Adolfo encerrado en ella.



Magda lo había dicho. Y Magda era siempre consecuente con sus palabras. No quería seguir en su casa y no seguiría... Se escaparía con Adolfo, con un basurero, si era preciso... o en último caso ¡se metería monja!...

Cuando comprendió que para hacer una locura sólo la hubiera podido hacer con Adolfo, porque era al único que amaba, optó por entrar en el convento. El desengaño sufrido aquella noche memorable que nunca, nunca podría olvidar, le había mostrado bien a las claras el camino a seguir. Magda entró en un convento. Sólo Dios y ella sabían el sacrificio que representaba para aquel carácter alegre, decidido, juvenil, impetuoso y con una voluntad fuerte—bien lo había de-

mostrado—someterse a la disciplina conventual y al silencio y a la rigidez de la regla.

Menos mal que eran monjas de enseñanza. Tenían una escuela gratuita para niños de obreros y Magda podía reír y jugar con ellos olvidada de sus hábitos. También se olvidaba de su estado cuando llegaba la hora del recreo de las monjitas y, a veces, las escandalizaba con sus cuentos chispeantes o con las historias que traía "del mundo" del que acababa apenas de salir.

Los niños la entretenían muchos ratos. Las monjas le daban a veces lástima y a veces risa con sus puerilidades y sus escrúpulos de almas timoratas. Magda no se encontraba en su ambiente entre las paredes del convento y sólo a fuerza de do-

minio de sí misma lograba seguir en él hasta que llegara el día de profesar y entonces... ¡hacer el sacrificio para siempre!

—¡Hermana Caridad! ¡Hermana Caridad!—la llamó una niña una tarde en que ella estaba cosiendo y pensando en sus cosas mientras vigilaba el juego de los niños—. Venga en seguida... Manolín está pegando a todas las niñas...

—¡Ah! ¿sí?... Pues tráeme a esa fiercecilla... Ven acá, Manolín...

¿No te da vergüenza pegar a las mujeres?

—¡No! — contestó el arrapiezo, que era descaradillo y desenfadado.

—¿No te da pena de ellas cuando las ves llorar?

—¡No!...

—A Julita Pomares le ha dado un mordisco en la pantorrilla—acusó una niña espigadilla.

—¡Jesús, qué horror!—exclamó, riéndose, la que se había convertido en Hermana Caridad.

—Y a mí me ha pellizcado aquí —dijo otra nena mucho más chiquilla que la otra, señalando su bracito.

—Vaya por Dios. Manolín va a prometer ser bueno y no pegar a las mujeres jamás en la vida. ¿Les vas a pedir perdón, diablillo?

—¡No! — afirmó rotundamente aquel palmito de carne humana que ya mostraba tener una voluntad a prueba.

—¡Anda, anda, quítate de mi vista, grandísimo bribón!... ¡Hombre tenías que ser!...

* * *

—¡Mujer tenías que ser!... Como todas: caprichosa, coqueta, voluble y, además... perversa—decía Adolfo a la novia de Federico a la que se había llevado por la fuerza — no había ella opuesto demasiada resis-

tencia—a su cuarto para amonestarla severamente—. ¡Mujer tenías que ser!—suspiraba, sin que se le ocurriera nada mejor que decir a aquella muchacha que traía revuelta a toda la Universidad con sus co-

queterías y sus juegos... un poco peligrosos.

—Bueno, dime para qué me has hecho venir—le replicó ella con su vocecita de niña inocente que no ha visto más que volar las nubes ni ha escuchado más que el canto de los pajarillos—. Para decirme que soy mujer... no hacía falta traerme a tu habitación... Eso lo sé yo de sobras...

—Y todos lo sabemos tan bien como tú... No, no te he traído aquí sólo para esto. Quiero que me confieses ahora mismo de quién es esto. ¿Lo conoces?—dijo, poniendo ante ella una liga sonrosada y pícaro.

—¿A ver? ¡Me parece que sí!

—¡Cómo me parece!... No lo niegues... Eso es tuyo...

—Puede que sea mío; pero supongo que no soy yo sola la única que usa ligas de color de rosa.

—Puede que sea mío... ¡oh! ¿Es tuyo?—dijo en tono severo Adolfo que no se quería dejar llevar por la palabrería de la chica ni por sus miradas lánguidas, ni por los suspiros que le hinchaban el busto y hacían resaltar bajo la liviana blusa de seda la turgencia de los senos apretados y firmes—. Lo perdiste aquí mismo la noche del baile... He

tardado en averiguar de quién era esa liga; pero ahora ya no me cabe duda alguna. Es tuya... Fuiste tú la que viniste con dos máscaras más a buscarme para que os acompañara al baile... ¿Niegas que una de las tres eras tú?

—No, hijo, no... no te pongas así para decirme eso... ¿Para qué voy a negarlo?

—¡Yo qué sé!...—exclamó Adolfo que se estaba poniendo nervioso ante la flemma de la muchacha—. Pero, ¿puedo saber qué te proponías con todo aquello que me hiciste aquella noche?

—No sé... ¡Bromas de Carnaval!...

—¡Bromas!... Bromas, no; aquello era más que una broma... A ti te molestaba que Magda y yo nos quisiéramos.

—Bueno, pues si te empeñas, sí, me molestaba... ¿Y quieres que te diga por qué me molestaba? — le preguntó dando un suspiro más hondo que hinchó todavía más el seno que acercó tanto cuanto pudo al muchacho para que comprobara lo hondo de su pena—. Te lo diré, si te empeñas — añadió, poniendo los ojos en blanco y deshaciéndose como un merengue.

—No, no, no... Es mejor que te calles—le contestó Adolfo dándole un empujón y apartándose de su lado—. ¡Cállate!

—Pues callada... Ya hablarás tú —replicó ella sin enojo, resignadamente, con una calma perfecta, como si no fuera Eva tentadora sino la más humilde y la más ignorada de todas sus hijas.

—¿Querrás hacerme creer que estabas enamorada de mí? —preguntó con ironía Adolfo—. Dilo, anda, dilo, si te sobra cinismo para eso... Mira, es mejor que te vayas... porque me dan ideas de...

—¿De pegarme?—preguntó ella al ver el gesto expresivo que había hecho Adolfo y que había contenido con impetu—. ¡Pues pégame, hijo, pégame!... ¡Si con eso se te pasa el disgusto!...

—Merecerías que te pegara, que te abofeteara, que te pisoteara por el suelo. Pero, afortunadamente para los dos, yo no soy de esos...

—¡Qué lástima!... ¡Todos decías lo mismo!... Yo te aseguro que, si fuera hombre, ¡había de dar más palizas a las mujeres!...

Adolfo se abalanzó al teléfono que estaba descolgado sobre la mesa y con la bocina puesta muy cer-

ca de ellos, y dijo con un aire de triunfo inigualable:

—¿Has oído, Fede? ¿Has oído?

—Perfectamente —contestó la voz de Federico que, desde su cuarto, había podido escuchar toda la conversación.

—Pero, ¿lo has oído bien todo? —volvió a preguntar Adolfo no muy seguro de que su amigo hubiera entendido con claridad las palabras de su novia.

—Todo, absolutamente todo —contestó la voz calmosa de Federico que sin duda debía estar leyendo alguno de sus tomitos, seguramente el titulado: "Modo de domesticar a las mujeres en 23 lecciones".

—Pues ya lo sabes... ¡Ojo por ojo!... ¡Diente por diente!...

Dejó de nuevo el teléfono sobre la mesa, sin desconectar la comunicación, y comenzó a vengarse de aquella chica, que era capaz de alterar los nervios de todo el claustro de profesores en peso, y le dió una solemne paliza amenizada con cosquillas, que no había nada mejor que pedir.

Gritaba ella desafortadamente, queriendo escapar de los brazos que la atenazaban, pero no podía.

no podía contra la fuerza masculina.

—¡Adolfo! ¡Adolfo!—gritaba la voz de Federico que por el teléfono escuchaba toda aquella gritería incomprensible—. ¡Adolfo! ¿Qué pasa?

Y como se convenciera de que nadie contestaba a sus voces, marchó disparado al cuarto de Adolfo para averiguarlo por sus propios ojos. Cuando llegó, Adolfo se sacudía las manos como quien acaba de hacer una faena que le ha dejado satisfecho, y la chica estaba tendida en el diván, presa de un ataque de nervios.

—¿Qué pasa? — preguntó Fede mirando con alarma a Adolfo y a su novia.

—Perdona, chico, pero no puedo

atenderos... Ahí os dejo. Yo ya me he quedado satisfecho... Te recomiendo agua fría y de vez en cuando un buen derechazo... Anda, aprovéchate ahora que está sin conocimiento.

Federico se quedó solo. Miró a su novia que tenía convulsiones hísticas y chillaba como un conejo cuando le matan, quiso amansarla con caricias, pero éstas, que en un principio pareció iban a surtir efecto, fueron contraproducentes cuando la *enferma* se dió cuenta de que quien la acariciaba no era Adolfo, sino su novio, y entonces volvió a chillar más fuerte y patallar con tal furia que Fede decidió cargar con ella en brazos y trasladarla a su habitación en donde podría chillar con más comodidad y sin que nadie la molestara...

* * *

En casa de Magda la situación se había puesto muy tirante desde que la muchacha había huído para entrar en un convento. Julio le hubiera perdonado a su hermana to-

do, todo, todo... menos esa botarata de encerrar su belleza y su juventud, sin vocación alguna, en un convento en donde se consumiría de tristeza. Sólo esperaba que

Magda no pudiera resistir la prueba y saliera al poco tiempo más contenta y rozagante que nunca al verse de nuevo en libertad; pero cuando supo que Magda estaba decidida a profesar y a no volver al mundo, sintió tal coraje, tan agudo y profundo dolor, que decidió entonces hacer algo grande, algo que fuera como la venganza de lo que a su hermana le había ocurrido. Y después de reflexionar mucho tiempo, pensó que también él se marcharía de casa, para no volver nunca más a ella; pero antes se lo diría a su madre para que le quedara toda la vida el remordimiento de haber hecho desgraciados a sus dos hijos.

Entró en el salón decidido a decirle cuatro verdades a su madre y luego marchar a la ventura... ¡quién sabe dónde!... Donde van los muchachos que no tienen casa, ni hogar, ni familia, ni cariño maternal que les ampare...

—¡Julio!—exclamó su madre al verle aparecer, sin haber pedido permiso antes de entrar, presentándose de manera súbita e inesperada ante ella en los momentos en que precisamente estaba con su futuro marido.

—¡Mamá, buenos días!... No, no,

no se marche usted—dijo Julio dirigiéndose al novio de mamá que había iniciado una prudente retirada—. Puede quedarse. Es mejor que usted oiga lo que voy a decir a mamá.

—¿Qué pasa, hijo?—preguntó la madre queriendo mostrar una solicitud y un cariño puramente fingidos.

—Ya sabes, mamá, que Magda quiere profesar dentro de muy pocos días...

—Sí, eso me acaban de decir.

—Y supongo que estarás dispuesta a evitarlo.

—Sí, estoy dispuesta a evitarlo, si es posible... Pero temo que no conseguiré nada... Magda se niega a recibirme y me devuelve sin abrir todas las cartas que le escribo. ¡No sé qué puedo hacer más!... Di tú, ¿qué puedo yo hacer para evitarlo?

—¿A ti no se te ocurre nada, mamá?—preguntó Julio con la seriedad de todo un hombre.

—A mí no, hijo mío...

—¡Claro, cuando no se tiene ningún interés!—exclamó Julio con rabia.

—¡Eso es absurdo, amigo mío!—interrumpió el novio, que creyó

llegada la hora de inmiscuirse en la conversación.

—¡Cállese! — ordenó Julio —. ¡No hable usted!... Escuche, si quiere, o sino márchese, me es igual... ¡pero cállese!... Mira, mamá, yo he venido a decirte que si Magda toma los hábitos y tú lo consientes, hazte cuenta de que hemos muerto los dos, porque de mí no volverás a saber nunca más nada. ¡Nunca más!...

Julio esperó un momento para ver si su madre reaccionaba, pero al comprender cuán vanas eran las amenazas para aquel corazón que se había entregado a otro amor que no era el de sus hijos, salió precipitadamente del salón y de la casa...

—¡Julio! — llamó la madre sin un gran entusiasmo ni una gran premura. Luego, sintiendo que su novio le apretaba suavemente la mano, volvió a él sus ojos ya un poco fatigados por los años, pero todavía bellos y expresivos, y le dijo:

—¡Ya lo has oído!... Comprenderás que mientras dure esta situación no debemos pensar en casarnos... Tendremos que esperar...

—¡Esperar!... ¡Siempre espe-

rar! — suspiró él como si aquella espera se le hiciera eterna (y la verdad es que ya el pobre no podía esperar mucho tiempo, si quería gozar de la felicidad...) ¿A ti no se te ocurre ninguna otra solución más que la de esperar?

—Ninguna — contestó ella sinceramente.

—Pues a mí sí. Mira, ninguno de los dos tenemos la culpa de que a tu hija le haya dado la ventolera del convento. ¿Que quiere ser monja? ¡Que lo sea!... A lo mejor tiene vocación de veras y será allí mucho más feliz que si se casara con cualquier botarate de esos que suben hoy día en nuestras juventudes... ¡Se ven a veces unas cosas tan raras!...

—No, no puede ser, Magda no tiene vocación... ¡Estoy segura de ello!... Y yo no puedo consentir en una locura semejante... ¡Me quedaría siempre el remordimiento!

El novio de mamá se quedó silencioso y pensativo. Aquella chiquilla le había dado mucho que pensar desde el día en que "tuvo el gusto" de conocerla en el hall... Desde aquel día no había vuelto a llevar ni monóculo ni chaqué, ni bastón, ni un gran ramo de flores

para entregar a su novia... ¡No!... ¡Jamás!... ¿Cómo podía haber sido tan necio de no comprender el ridículo hasta que aquella mocosa se lo había hecho notar con palabra contundente y clara? ¿Y ahora iba a ser la niña la que estorbara su tan anhelado matrimonio? El novio de mamá no quería dejarse vencer en la lucha por una niña. Y después de haber pensado seriamente en todas aquellas cosas, dijo a su novia:

—Oye... se me ocurre una idea... ¿Tú estás segura de que a tu hija

no le ha dado la ventolera del convento por algo más que tu decisión de casarte?

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Por qué otra cosa puede ser?

—¿A ti no se te alcanza?

—A mí no.

—Pues no sé... no sé... a mí me da en el olfato que en todo eso hay gato encerrado... Porque siempre que yo voy a la capilla de las monjitas, encuentro allí a un muchacho... Pero bueno, bueno, dejemos esto... Yo tengo ya mi idea y me entiendo y bailo solo...

* * *

Las monjitas — hábitos negros, tocas blancas, rostros pálidos, ojos humillados al suelo, andar fantasmal — fueron entrando en el coro y colocándose en sus lugares respectivos. Era la hora del rezo. Era la hora en que la Hermana Caridad se sentaba ante el armonium y entonaba aquellas dulcísimas melodías de accendrada piedad, con su voz clara y de finas modulaciones en la que no había aún podido prender la can-

tinela monjil que iguala todas las voces y quita expresión a las palabras. Era la hora también en la que, agazapado en la penumbra de la capilla, Adolfo escuchaba la voz de su novia y añoraba la época feliz en que podía hablar y pelear con ella siempre que se le antojaba. Y la hora en que el novio de mamá había visto al muchacho constante, que le hizo pensar en amores frustrados, en desengaños juveniles, en

romanticismos de diez y ocho años...
¡Para un viejo!... Para un viejo nada se oculta de lo que pasa en el alma de los jóvenes, porque también él ha sido joven y ha cometido idénticas deliciosas e incomparables sandeces...

La hermana Caridad se sentó ante el armonium, preludió una melodía y comenzó a cantar, olvidada de que estaba en la Iglesia, de que estaba entre sus hermanas, de que ella era monja y había dejado de ser Magda para convertirse en hermana Caridad:

¡Virgen María,
ven a mí!...
¡Virgen María,
ven a mí!...
Baja tus ojos
a mi pobre corazón.
Luz de las almas,
Madre del Divino Amor...
¡Dame la paz!...
Ven a mí.
Ten piedad de mi dolor...
Madre del Divino Amor...

Calló la voz que se había perdido en el eco lejano de las bóvedas de la pequeña iglesia, y el novio de mamá, que estaba colocado junto a Adolfo, como casualmente, le dijo en voz baja y sin mirarle, dando un hondo suspiro:

—¡Qué bien canta esa monjita!... ¿Verdad?

—Muy bien, sí, señor — contestó Adolfo con otro suspiro.

—Perdone, joven — siguió diciendo el caballero—. He observado que es usted más asiduo que yo a este rezo. ¿Viene usted a rezarlo o a oírlo? Contésteme si quiere, porque yo le confieso que vengo a oírlo.

—También yo vengo a oírlo... con perdón del rezo.

—¡Ya me lo imaginaba!... Por eso me es usted tan simpático...

—Muchas gracias — contestó Adolfo mirando por primera vez al que hablaba, despierta su curiosidad por las palabras del desconocido.

—¿La conocía usted?... ¿La conocía cuando estaba en el mundo?

—¡Mucho!...

—¡Ay!... Yo también...

—¡Ah! ¿sí?... —preguntó Adolfo con interés—. ¿De qué?

—No hablé con ella más que una sola vez... pero créame que fué suficiente.

—¿La encontraría usted encantadora, verdad?

—¡Mucho!... ¡Mucho!... — suspiró el novio de mamá recordando lo sabroso de la entrevista.

—Ya que usted la conoce, yo podría contarle...

—Cuenta, cuenta, joven — replicó el caballero, satisfecho de llegar adonde él quería—. Soy todo oídos.

—Esa monjita fué mi novia.

—¿Sí?...

—Sí... Verá...

Y Adolfo se disponía a contarle toda la historia de sus amores a aquel desconocido que le inspiraba confianza, no sabía por qué.

En el coro, la superiora le había dicho a la hermana Caridad:

—Hermana, cántenos otra plegaria. Eso le servirá de penitencia.

—¿De penitencia? ¡Ay, madre, no puede ser, que estoy muy mal de garganta!...

—Eso no importa. Así será mayor el sacrificio.

—¡Ay, madre!... ¡Si no puede ser!... ¿No ve usted que no puedo?—dijo la hermana, que era díscola y desobediente.

—Se lo mando. ¡Canto, hermana!

—¿Me obliga usted, madre?

—La obligo — contestó la superiora, implacable.

—¡Está bien! Ahí va...

Decidida, volvió a sentarse ante el armonium y comenzó a cantar,

con la voz más alta y el tono desenfadado que le era característico:

Si es cruel vivir...
es mejor soñar...
todo es ilusión en la vida...
Muy cerca de tí,
siempre me tendrás...

—¡Calle, calle, hermana!... ¡Ya está bien!... ¡Eso es una profanación! — dijo la Superiora, levantándose con todas las monjitas, que estaban tan escandalizadas como ella, mientras Magda se reía con todas sus ganas del susto que había dado a las pobres y timoratas mujeres.

—A eso se le llama en mi tierra salir por peteneras — dijo el novio de mamá a Adolfo después que hubieron escuchado con asombro aquella iniciación a una melodía que les hubiera gustado escuchar hasta el final—. Y el numerito era para usted, joven. Pero a usted parece que no le ha hecho mucha mella...

—¿A mí?... ¿Por qué? — preguntó Adolfo que estaba desconcertado y nervioso.

—¿Se queda usted tan tranquilo... Yo, en cambio...

—¿Está usted impresionado?

—¡Mucho, joven, mucho!... Esa

joven no debe estar ni un día más en el convento.

—¡Qué remedio!... Es su voluntad... ¿Qué haría usted en mi lugar?

—¿Yo?... ¡Raptarla!... ¿No se siente usted Tenorio?... ¡Yo sí!... Elija, joven: o la rapta usted o la rapto yo... Esta es mi alternativa.

—¿Qué dice? — preguntó Adolfo asombrado.

—Lo dicho. Que le doy a usted un plazo de 48 horas para decidirse... Es usted un cobarde si no la rapta.

—Se aprovecha usted de que estamos aquí, en la iglesia, para insultarme impunemente, porque sabe que no le puedo contestar.

—¡Claro!... En la calle no me atrevería... ¡desde luego!...

—No sé cómo no me he dado cuenta de que estaba hablando con un loco — dijo Adolfo profundamente indignado.

—Y yo con un tonto — replicó el otro con flema... — ¡Veinticuatro horas de plazo le doy para raptarla!... Si no lo hace, ya sé lo que debo hacer yo...



En el Hotel, Federico estaba, como siempre, al lado de su novia, tratando de hacerla olvidar al ingrato que se negaba a rendirse a sus encantos y que le había dado una formidable paliza para vengarse de lo que ella le había hecho la noche de marras.

Federico ya no leía los libros de su biblioteca. Ahora se contentaba con practicar todas las sabias lec-

ciones en ellos aprendidas. Por esto estaba al lado de su novia, pues de no conocer tan profundamente la ciencia que los folletos le enseñaran, hubiera mandado a pasco a aquella chiquilla malcriada y caprichosa, voluble y coqueta, a la que no le importaba nada engañarle con el primero que se ponía a su lado. Pero Federico era un hombre moderno... ¡y un predestinado!

—¡Qué feliz soy de que tú no tengas celos! — decía ella, recostándose en el respaldo del diván en el que estaba echada y sonriendo con voluptuosa complacencia—. Así yo puedo decirte...

—Dí, dí, dí todo lo que quieras... Soy invulnerable.

—¡Puede decirte cuánto le amol! Así, con los ojos cerrados, me hago la ilusión de que es él el que está junto a mí... ¡Ay, Fede!... ¡Qué feliz soy pensando que tú podrías ser él... Dame un beso...

Federico obedeció prontamente.

—Otro — insistió ella sin abrir los ojos.

Federico la volvió a besar.

—¡No es eso!... Sus besos deben saber de otra manera; deben saber a fuego y a sangre... ¿Cómo deben saber los besos de Adolfo?

—No sé, querida, no tengo la menor idea... — contestó Fede con la más perfecta de las indiferencias, como si su novia le consultara el sabor de algún pescado raro que nunca hubieran probado ni uno ni otra.

—¡Mira! — exclamó la muchacha incorporándose—. ¡Mira!

—¿Qué pasa?

—Ahí viene... ¡Ya se acerca!

—¿Quién? — preguntó Fede que pensaba que su novia estaba loca.

—¡Adolfo!

Entraba Adolfo cabizbajo y mohino por todo lo que acababa de ocurrirle en la capilla de las monjas y apenas tuvo tiempo de darse cuenta que estaba en su habitación, cuando entró de estampía Fede y se encaró con él y le dijo en tono severo:

—¡Vamos a liquidar ahora mismo esta cuestión!... ¡No puedo verla sufrir!... ¿Lo oyes?... ¡No puedo! Sufre ella, sufro yo... ¡y tú tan tranquilo!...

—¡Déjame en paz! ¿Tengo yo la culpa de eso?

—No. Pero yo tampoco la tengo... ¡Ni ella!... La pobrecita tuvo la desgracia de enamorarse de ti y comprenderás que no voy a culpar a una mujer en un acto involuntario.

—Entonces, claro, la conclusión es de que soy yo el culpable...

—No... ¡si tú tampoco eres el delincuente!... Tú eres sólo el cuerpo del delito. ¡Y contra eso voy!

—¿Contra mi cuerpo?

—Sí... ¡contra tu cuerpo serrano! — dijo Federico sacándose del bolsillo una pistola y acercándola

con mano temblorosa a la sién de Adolfo que no se fijó en ello.

—Pues anda, márame o déjame en paz de una vez... Esa chiquilla es una tonta y tú un imbécil de quererla.

—Gracias... Pero la cuestión es que hoy no me siento criminal. Además que, una vez muerto tú, ella seguiría queriéndote con más ardor, pensando que habías muerto por su amor, mientras que yo... No, no me conviene... Oye, ¿por qué no te vas a la estratoesfera. ¡Si, hombre! Dicen que allí se está muy a gusto... Y sobre todo, mira, devuélmela como cuando la conocí. Tú que la has enamorado tienes que desenamorarla. Y además vas a hacerme un favor... ¡Quítate ese bigote que te está demasiado bien! Y después vas a decirme a qué saben tus besos.

—¿Mis besos?... ¡Igual que los de cualquiera!

—¿No tienen alguna cosa especial?

— Que yo sepa, no... A no ser que...

—¿Qué?... Dilo, dilo todo, todo...

—No, nada... son vulgares, perfectamente vulgares...

—¡Ya decía yo que no podía ser de otro modo!

—Oye, Fede, se me ocurre una idea para desenamorar a tu novia...

—¿Qué?

—Casarme.

—¿Con quién, con ella?

—No, con la mía, con Magda.

—¿Pero no está en un convento?

—Sí y va a tomar los hábitos dentro de pocos días... Pero a mí se me ocurre que podemos raptarla.

—¡Bravo! — exclamó Fede con entusiasmo—. ¡Don Juan, aquí tienes a tu Cintí!

—¡Avisa a todos para esta tarde!... ¡Que no falte ninguno!...

—Descuida. ¡Vivan las ideas salerosas!...

* * *

Las monjas estaban reunidas en el obrador cosiendo todas en una misma pieza. Era un vestido de novia magnífico, dirigido por la hermana Caridad. Era el vestido de novia que tenía ésta que lucir el día de su profesión religiosa, el día de sus desposorios con el Divino Esposo.

—¿Lleva aquí algún adorno, hermana Caridad?

—No. Ahí ninguno.

—¿Y en el puño?

—Tampoco.

—¿Cuántos metros de tela lleva en la cola?

—Cuatro. Arrastrando cuatro.

—¡Qué ganas tengo de verla!... ¡Estará monísima!

—Hermanas, es pecado grave encender la vanidad del prójimo. Recen mientras cosen.

—¿Sabe, hermana, que ya hemos averiguado las señas del que viene todos los días a oír el rezo de las diez? Es alto, moreno, delgado y fuerte al mismo tiempo. Y tiene un

bogotito así de chiquitín... ¿Es así el que conoce la hermana?

—Así es — contestó la hermana Caridad sonriendo complacida al recuerdo de su novio.

—Hermana, cuéntenos un cuento mientras cosemos — suplicaron las monjitas.

—¿Un cuento para que la hermana Cruci vaya con él a la superiora?

—No dirá nada... Ande, hermana, cuéntenos uno...

—Bien. De qué lo quieren, ¿del cielo o de la tierra?

—¡Del cielo! — decían unas.

—¡De la tierra! — exclamaban otras.

Para que no hubiera disensiones entre los dos bandos que se habían formado, la hermana Caridad les dijo:

—Está bien, contaré uno del cielo y de la tierra. Así todas estarán contentas.

Carraspeó un poco para aclarar la voz y comenzó a cantar con aque-

lla ternura apasionada que ponía siempre en el canto la hermana Caridad y que hacía soñar a sus hermanas en cosas del cielo y de la tierra, siempre que escuchaban su voz...

Blanca Rosa la llaman a ella
Gabriellito se llama él.
Su cariño, al decir de las guntas,
fué milagro de amor y de fe.
Cierta día, al dolor de la ausencia
Blanca Rosa a su navío horó,
marchitándose en cruel desconsuelo
porque el meso ya nunca volvió.
Y la niña al perder su ventura,
de rodillas se acerca al Señor,
y le pide consuelo y ayuda
repetiendo con dulce fervor:
Dame olvido, Señor de los cielos,
ya muy pronto tu esposa seré,
y prometo quererte yo tanto...
esél tanto como quise a él...

Era el día de la profesión religiosa de Magda. Las monjitas andaban en revuelo por los pasillos y no hacían caso alguno de los visitantes que aquel día iban a llamar a las puertas de su convento. Hacía ya como dos horas que habían introducido en el locutorio a un caballero de alguna edad, pero bien conservado, que quería hablar con la Superiora y ahora conducían al mismo locutorio a otro caballero joven, aunque no mucho, feo, bien vestido, con cara compungida, que también quería hablar con la Superiora. Al poco rato nueva llamada, nue-

vo caballero pidiendo hablar con la Superiora, nuevo pascó por los pasillos y llegada al locutorio en donde los otros dos ya aguardaban desde el principio del mundo, según les parecía a ellos de larga la espera.

—Siéntese, que en seguida paso recado a la Madre — dijo la hermanita, como había dicho ya antes a los otros dos.

—Gracias, hermana — contestó Federico, que era el que acababa de llegar.

—¿Pregunta usted por la Madre? — le dijo el caballero que llevaba allí no sé cuántas horas mortales esperando.

—Sí — contestó Federico al novio de mamá, que era el que le había dirigido la palabra—. Pero aunque pregunto por la Madre, yo vengo a ver a la hija... es decir, a la hermana, a la hermana Caridad.

—Exactamente igual que yo. Pues ármese usted de paciencia, amigo. Yo llevo esperando hora y media a la Madre... y ¡no hay tu tía!

—¿Hora y media?... ¡Hombre, por Dios!... Esto lo arreglo yo en cinco minutos. Verán ustedes, vamos a hacer algo que se vea... que

llame la atención. Levántense. Tú, Mauricote, dame esa mano, y usted caballero, la otra... así...

Hicieron la rueda y se pusieron a cantar a gritos:

Quisiera ser tan alto como la luna,
¡ay!, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!,
como la luna...
Para ver los solados de Cataluña,
¡ay!, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!,
de Cataluña...

—¡Silencio! — les gritó una monja que había acudido a ver qué pasaba—. ¡Silencio!... ¡Esto es un escándalo!

—¿Escándalo, eh?... ¡Queremos hablar con la hermana Caridad!

—¿La hermana Caridad? — preguntó la monjita, que acababa de tener una idea luminosa—. Por aquella puerta, hagan el favor...

Se precipitaron los tres hombres por el lugar indicado y la monjita pudo encerrar a aquellos locos en una habitación oscura y destartada que servía para dejar en ella todo lo que en el convento estorbaba.

—¡Socorro!... ¡Socorro!... — gritaban dando formidables puñetazos en la puerta. Pero nadie les hizo caso. La monjita dijo que había encerrado a tres locos muy divertidos que tenían la manía de bai-

lar y de cantar y todo el convento siguió su marcha como si nada hubiera ocurrido.

Los prisioneros gritaban como energúmenos. Y Fede era el que armaba más alboroto.

—¡Voy a contar un cuento verde si no nos abren en seguida!... — decía a voz en grito—. ¡Viva la bella Chelito!...

—Hermana — decía la superiora — creo que ha hecho mal en encerrarlos; pero, en fin, que tengan paciencia hasta que se acabe la fiesta... Luego iré yo a hablar con ellos a ver si logro calmarles diciéndoles a todo que sí.

Las monjitas acabaron de vestir a Magda con su magnífico vestido de novia, que hacía resaltar más aun la belleza de aquel rostro picaruelo y travieso y la perfección escultural de sus líneas, y marcharon hacia la capilla en donde debía celebrarse la triste ceremonia de despojarse de todas sus galas, de renunciar a todos los placeres, de dar un adiós definitivo al mundo, para encerrarse para siempre, sin remedio, entre las paredes del claustro, vistiendo el tosco sayal y cubriéndose la cabeza con las blancas tocas monacales.

Todas las monjas estaban en pie,

alineadas a todo lo largo de la capilla en dos filas, dejando en medio el pasillo por donde debía entrar la futura esposa del Señor.

Magda, acompañada de la superiora y seguida por dos novicias que llevaban entre sus brazos las ropas de estameña negra y la toca alba, pasó por en medio de sus hermanas, con la cabeza alta, mirando hacia el altar para encontrar en él fuerza al sacrificio inmenso que se imponía por voluntad propia, para huir de todo lo que la había hecho sufrir y de todo lo que la había hecho llorar. El largo velo de desposada caía desde la cabeza hasta el suelo en una cascada de espumas que vaporizaban la figura armoniosa de la muchacha hasta hacerla aparecer como una visión de fantasía.

En el coro el armonium sonaba como en los días más solemnes, elevando al cielo las notas agudas y los diapasones graves que se metían en el alma y hacían sentir en ella la profundidad del arte musical. El altar estaba lleno de flores y de luces. Las monjitas lo habían adornado con cernero para recibir a la nueva desposada del Señor. Y la novia, avanzaba lentamente, con el

corazón lleno de tristeza y los ojos húmedos de lágrimas.

Llegó al pie del altar. Unos almohadones rojos estaban en el suelo, dispuestos para recibir todas las galas que la novicia iría arrancando a su cuerpo consagrado desde aquel día a la penitencia y a la entrega total al Divino Esposo. Magda vaciló un momento y, lentamente, desabrochó el magnífico collar de brillantes que adornaba su garganta; luego sacó los pendientes, que se resistían a abrirse, tan temblorosas estaban sus manos por la emoción del momento; luego... luego le tocó el turno a la sortija de prometida que Adolfo le había regalado en su época feliz, la sortija que era como un símbolo de la unión al hombre al que había amado, al que seguía amando con toda su alma. Todas las joyas habían caído con un ruido sordo sobre los almohadones... Pero Magda no pudo sacar de su dedo la sortija que era la historia de toda su vida de mujer enamorada...

Dió un grito de angustia y cayó desmayada en brazos de las novicias que estaban junto a ella.

Hubo un revuelo general en toda la iglesia. Se sacó a la novia y la

llevaron, como pudieron, hasta la antesacristía, en donde Magda no tardó en recobrar el conocimiento, rompiendo en hondos sollozos que la desahogaban.

—¡No quiero ser monja! No quiero, no quiero, no quiero—gritaba como presa de un ataque histérico—. Ustedes son muy buenas, pero yo aquí me ahogo... ¡Yo aquí me ahogo!... ¡Madre, me ahogo!...

—Vamos, hija, por Dios, no se ahogue usted, cálmese... —dijo la buena Superiora—. Aquí no queremos a nadie por la fuerza. Su voluntad era entrar en el convento... Ahora no quiere... Pues bien, vuelva al mundo, hija mía...

—¡Ay, Madre!... ¡Es que me gusta mucho el mundo, mucho!... Me gusta todo... pero, ¿cómo he podido soportar tanto tiempo aquí? Perdóneme, Madre, usted es muy buena... Todas ustedes son muy buenas, unas santas... Pero yo... ¡yo soy un demonio y necesito irme de aquí si no quieren que las pervierta a todas!...

—¡Pues al mundo, hija, al mundo!—replicó la Superiora con gran mansedumbre.

—Eso es, al mundo... Pero, ¿y adónde voy, Madre? —preguntó

Magda que se encontraba en la misma apurada situación, o peor, que cuando decidió meterse monja.

—¿Que adónde va? Pues a su casa...

—¡Yo no voy a mi casa!—gritó con toda su alma, Magda.

—Sí, hija, nosotras mismas la acompañaremos.

Entre varias monjas se llevaron a Magda a su celda para ponerse el vestido de calle y llevarla a su casa.

Entretanto, "los locos" chillaban a más y mejor en su encierro, diciendo mil atrocidades para que les abrieran la puerta y dando en ella tales golpes que parecía iban a destruirla.

—¿Qué es este alboroto? —preguntó la Superiora a la que se le había olvidado la encerrona de los tres hombres con todos aquellos hechos que se habían sucedido con tan precipitada celeridad.

—Los locos, Madre—contestó la hermanita, llena de pavor.

—Abra la puerta—ordenó la Superiora.

Y como viera que la hermanita vacilaba, volvió a decir, con energía:

—Abra la puerta.

Por fin se decidió la hermana y los tres hombres salieron hechos tres furias.

—¡Esto es una broma pesada y la van a pagar ustedes cara!—gritó Federico, que era el que estaba más furioso.

—¿Dónde está la hermana Caridad?—preguntó el novio de mamá, que aun conservaba un poco de sangre fría.

—¡Ah!... ¿pero preguntaban ustedes por la hermana Caridad? La pobrecita se ha sentido enferma y no ha podido profesar... Esta tarde

saldrá del convento para descansar una temporada... Eso la hará bien...

Los tres hombres se miraron con asombro, y el novio de mamá, recuperando de nuevo la calma que la noticia le había hecho perder por un momento, preguntó:

—¿Por dónde se va a la calle?

Y salió, seguido por los otros dos, en la dirección que las monjas les habían señalado, felices de deshacerse a costa de tan poco de los tres locos que habían empavorecido al convento por unas horas con sus gritos y sus frases poco correctas.



Magda, aquella misma tarde, salió del convento. Iba con su vestido de chaqueta azul marino, su sombrerito del mismo color con adornos blancos, su menudo zapato de cabritilla, que repiqueteaba en el suelo con un repique de día de pascua. Avanzó por la calle desierta y buscó un automóvil que la llevara hasta su casa, por el momen-

to. Allí, a pocos pasos, había uno apostado, y el chófer la invitó a subir, como si presintiera lo que quería aquella señorita. Magda subió confiadamente, dió las señas, y el auto emprendió una veloz carrera.

—¡Eh!... ¿Dónde me lleva usted?... ¡Pare! ¡Pare! —gritaba Magda asustada y furiosa al darse cuenta de que el automóvil la lle-

vaba por la carretera, alejándola de la ciudad.

El chofer no hizo caso a sus gritos, y siguió carretera adelante, hasta llegar a un hotelito, en donde paró, hizo descender a la muchacha, y la llevó casi arrastrando al interior de aquella casa que parecía abandonada en el camino. Magda tenía miedo y coraje, un coraje furioso de haber sido tan ingenua y de haberse confiado a manos del primer desconocido que encontrara en su camino.

Se paró en medio de una especie de salón comedor, y aguardó. No tardó mucho en aparecer un caballero que la miró de arriba abajo con impertinencia. Magda dió un leve grito, y exclamó:

—¡El novio de mamá!...

—Sí, señorita, el novio de mamá... efectivamente.

—¿Por qué me ha traído usted aquí?—preguntó Magda vivamente.

—Para que hablemos un ratito. Siéntese, siéntese y no se impacienta... La primera vez que nos vimos no pude hablar... Es decir, no me dejó usted hablar... Ahora, sí. Ahora tendrá que escucharme, quiera usted o no quiera. Está usted en mi poder. Es mi presa...

—Siga, siga usted... porque lo que es yo no pienso contestarle—replicó Magda, sentándose en una butaca y mirando a otra parte con la más suprema de las indiferencias.

—Muy bien, así podré despacharme a mi gusto... ¡Muy bien!... En primer lugar debo decirle que me es profundamente antipática... Es usted una niña mal educada, voluntariosa, necia, irrespetuosa, tonta, vanidosa...

—¿Y nada más?—le preguntó Magda levantando su carita pícaro en una expresión suprema de burla y de desprecio.

—¡Ah!... ¿Pero le parece a usted poco?

—¡Poquísimo!... ¿Sólo para decirme todas esas sandeces se ha tomado usted la molestia de raptarme?

—Para eso... y para vengarme de usted. Yo era un hombre serio hasta que usted me golpeó y me zarandeó en el hall de su casa. Entonces, y después de aguantar sus insultos, me di perfecta cuenta del ridículo que hace un hombre con chaqué, monóculo y un ramo de flores en la mano.

Magda soltó una formidable car-

cajada y dijo, sin dejar de reír con todas sus ganas:

—¡Ah, vamos!... Se cayó usted del burro, ¿no es eso?

—Eso mismo... Créame usted... Este golpe ha destrozado mi vida por completo. Yo ya no soy un hombre serio. Soy... un botarate... un zascandil que viste traje de americana gris, que no lleva monóculo y que es incapaz de sostener una flor entre las manos... ¿Le gusto más así?

—¡Sin duda!... ¡Muchísimo más!...

—Entonces... ¿consiente usted en que me case con su mamá?...

—¡Oh, no, no, no, no!... De ninguna manera mientras esté yo soltera...

—Y... ¿va a estar soltera mucho tiempo?

—¡Figúrese!... ¡No tengo a nadie que me quiera!...

—¿A nadie? ¿A nadie? —preguntó con retintín el novio de mamá.

—¡A nadie!... —suspiró Magda con tristeza.

—Entonces... un momento... Estoy decidido a que no salga usted de aquí si no es casada... Y le voy a presentar a su novio...

—¿A mi novio?

—Sí; antes de quince minutos ha de haber terminado la ceremonia... Ya le he dicho que está usted en mi poder y que saldrá de aquí casada... ¡o no saldrá nunca!

—¿Casada?... ¿Con quién?

—Con un hombre que llevará chaqué y sostendrá eternamente un ramo de flores en la mano... Ese será su castigo...

El novio de mamá salió para hacer entrar al Don Juan que había de enamorar a Magda y que no era más que el criado disfrazado de fantoche, mientras él corría al teléfono y llamaba a Adolfo:

—Aló... ¿es Adolfo?... Pues bien, yo sólo quería decirle que el hombre que se deja robar a una novia tan bonita como Magda es un idiota... Sí, señor, ¡un perfecto idiota!...

—¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Que la ha raptado?—preguntó la voz conmovida e indignada de Adolfo—. ¿Pero cuándo ha sido? ¡Dígame detalles, por piedad!...

—¿Quiere detalles?... Pues vaya en seguida a rescatarla al kilómetro cinco de la carretera de Avila. Una casa con dos torrecitas... ¡Y

de prisa, pollo, de prisa, si no quiere llegar tarde!...

El novio de mamá fué otra vez al salón a ver cómo se arreglaban los tórtolos, y fué precedido de unos señores muy bien puestos, muy serios, con peluconas y grandes bigotes que les desfiguraban el rostro.

—¡Somos el Juzgado!—le dijeron a Magda que miraba a unos y a otros verdaderamente alarmada.

—¡El Juzgado!... ¿Y qué vienen a hacer?

—A casarla, señorita...

—¡Oh, no, no!...

—¿No es usted la que quiere casarse?

—No, yo no... ¡él!—dijo Magda señalando al fantasmón del chaqué, del que se había estado burlando a sus anchas.

—Velocidades no, señorita—dijo el que actuaba de Juez—. Cuando el Juzgado sale a domicilio para estos menesteres no admite choteos. ¡Acérquense!... ¡Es cuestión de segundos!... ¿Dónde están los testigos?

—¿Los testigos?—preguntó Magda con angustia.

Pero pronto sus labios se entreabrieron en una sonrisa de triunfo.

Acababa de escuchar, a lo lejos, el himno de los estudiantes, y aquellas voces se iban acercando hasta poderse oír distintamente el juramento de la juventud:

Jurad fidelidad a la bandera;
venid a nuestras filas a formar...
Gritad: ¡La juventud es la primera!
¡Traidor el que la impida caminar!...

—¡Ahí están los testigos!—gritó con entusiasmo Magda, saliendo a recibir a los estudiantes que venían en tumultuoso grupo a rescatar a la prisionera.

—¿Dónde?

—¿Pero no les oye usted?... ¡Ahí vienen!...

Entró, abriendo la marcha, Federico, que alargó un papel al criado disfrazado, diciéndole:

—Mira, vete a cobrar a la caja... porque de lo contrario cobrarás aquí, y no dinero precisamente.

Adolfo se adelantó, tomó a Magda de la mano, se plantó ante el juez y le dijo:

—Señor juez, puede usted casarnos... Esta es mi novia y es a mí a quien quiere.

A la novia de Federico, que había ido con los estudiantes, le dió un patatús de los gordos. Cayó en brazos de su novio dando fuertes

gritos de angustia y desvaneciéndose al fin. Federico la tomó en brazos y le daba leves mojicones para despertarla de su letargo.

Magda se había acercado a Adolfo, y mirándole con los ojos llenos de amor, le preguntó, complacida, feliz de verse junto a él y de olvidar en sus brazos todas las penas y las angustias pasadas:

—¿Es verdad que ibas todos los días al convento para oírme cantar?

—¡Todos los días!... ¡Sin perder uno solo!—le contestó él, abrazándola.

—Entonces, señor juez... ¿cáse-

nos usted! — dijo Magda, riendo, con la boca llena de incomparable felicidad.

Federico se acercó al juez, con la dulce carga de su novia echada sobre el hombro, y señalándola, dijo, mitad en broma, mitad en serio:

—Cáseme a mí también con ésta... porque si no la pillo así, desmayada... ¡no se casa!

Y todos rieron, porque había pasado la tormenta y el cielo volvía a brillar con toda la alegría loca y sabrosa de la juventud.

FIN

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCION PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará. 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- | | | | |
|--|---|--|---|
| <p>La vida alegre.
El gran desafío.
Miguel Stragoff, o el
Correo del Zar.
La princesa que supo
amar.
El coche número 12.
Sin familia.
Mazo Nostrum.
Mamá, el hombre que se
vendió.
Cobra.
El fin de Montecarlo.
Vida bohémica.
Kath.
¿Amás, juventud?
El juicio errante.
La mujer desdada.
La de Ramona.
Casanova.
Hocel Imperial.
Don Juan, el burlador de
Sevilla.
Hecho especial.
El espíritu cielo.
Beau Geste.
Los vencedores del fuego.
La mariposa de oro.
Ben-Hur.
El demonio y la carne.
La castellana del Líbano.
La tierra de todos.
Tropélica.
El rey de reyes.
Sangre y arena.
La ciudad castigada.
Aguias indianticas.
El sargento Malabar.
El capitán Norrell.
El jardín del eden.
La princesa mártir.
Ramona.
Dix aragones.
El principito estudiante.
Ana Karenina.
El destino de la carne.
La mujer divina.
Alas.
Cuatro hijos.
El carnaval de Venecia.
El funeral de la vida.
La última cita.
El crimen.
Amorosa.
La ballarina de la Opera.
Madre Rouge.
Pen Al.
Los cuatro diablos.
Ella, pecadora, así.
Vulgo, Volgo.
La sinfonía patética.
Un cierto machaco.
Montalera!
La rosa de Singapur.
La actriz.
Miser Wg.
Renacer.
El despertador.
La melodía del amor.
Las tres pasiones.
Cristina, la Holandesa.
¡Viva Madrid, que es mi
pueblo!
Sombras blancas.
La copia andalaza.</p> | <p>Los tisonos.
Icaro.
El credo de Montecarlo.
La mujer ligera.
Virgenes modestas.
El pecado de Taitit.
Estrellas dichosas.
La vanda del 98.
Esto es el cielo.
Expeditos.
Evangelina.
Españolas salvajes.
El catalán.
Egipcio.
La máscara del diablo.
El que camina de cala-
da.
Vieja hidalga.
Yonah.
Tombación.
La coxadora.
El beso.
Ella se va a la guerra.
Los hijos de meda.
El pescador de perlas.
Santa Isabel de Ceret.
Las dos hermanas.
La canción de la serpe.
El precio de un beso.
La copedia del restaura-
dor.
Del mismo barro.
Enrollado.
Cuento de Infancia.
Olímpica.
Monstruo Sans-Gend.
Sombras de gloria.
Mambo.
Molly (la gran parada).
El valiente.
¡De frente... marchón!
Prim.
El presidio.
Romanza.
El gran rharo.
Tempestad.
El día del mar.
Anne Chelaké.
Sevilla de mis amores.
Horizontes nuevos.
Ben-Hur (edición popu-
lar).
La inexpugnable.
El malin.
El pavo real.
Bajo el techo de París.
Wu-chang.
Montecarlo.
Camino del infierno.
Mio serás!
¡Aleluya!
La mujer que amamos.
Al compás de 3-4.
La princesa enamorada.
Amoroso de amor.
El gran desafío (edición
popular).
Du Barry, mujer de pa-
sión.
La vida alegre (edición
popular).
Ángela del infierno.
Cuerpo y alma.
El imperator.
Esposas a medias.</p> | <p>Esclavas de la moda.
Pettit Café.
¡Ay que casar al principio!
Inspiración.
El proceso de Mary Du-
gan.
Marrocos.
En cada puerta un amor.
¿Conoces a tu mujer?
El millón.
La mujer X.
Omea sangre.
Mar de fondo.
La dama negra.
La ley del barrio.
La fruta amarga.
Vidas brucadas.
La hora del mar.
Tubo.
El pasado azul.
Pagé pecunas largas.
Tender Hocu.
Un ranquel en la corte
del rey Arturo.
El código penal.
La pura verdad.
Maternidad, o el derecho a
la vida (fuera de se-
rie).
Castido (La tragedia de
la vida).
Estudiamos.
Las peripetias de Skippy.
¡Qué viudal!
El cambio de la vida.
Hoches de Viena.
Mama.
Evas trece.
Cheri-Bibi.
Báscame otro vez.
Carnovales de luya.
Los hijos de la calle.
La divorciada.
Madame Satan.
¿Cuándo se suicidas?
Marianita.
El crimen amoroso.
Honrarás a tu madre.
En silencio noche.
Las alegres chicas de
Viena.
¡Viva la libertad!
Salvada.
El amante del amor.
Deliciosa.
Ciclo robado.
Amor y gloria.
Honor entre amantes.
Para alcanzar la luna.
El hombre que amasó.
¿Méndate!
La vida.
El prófugo.
Milicia de paz.
Amores de medianoche.
Miguel Stragoff y el
Correo del Zar (edi-
ción popular).
La hermosa San Estipio.
El demonio y la carne
(edición popular).
Las diosas misteriosas.
Las travesías de la Vir-
gen.
Pareja de baile.</p> | <p>Al Capone (Pánico en
Chicago).
Mi último amor.
Muchachos de uniforma.
Marido y mujer.
Mata-Heri.
Canguirita (fuera de se-
rie).
Carceleras.
Grave una vez un vale.
Hombres en mi vida.
Nineta.
Nobis.
Inmensable.
Tarzán de los incans.
El terror del hampa.
La vuelta al mundo por
Douglas Fairbanks.
Corca huec.
Nación casados.
Champ (El campo).
La arpa del jaguar.
Los amores de José Mo-
jica (fuera de serie).
El caballero de la noche.
Arriba Lupta.
Amor a dama del 11.
El pecado de Madelón.
La casa de los muertos.
Titanes del cielo.
El proceso Dreyfus.
La vida de mi gran as-
tista.
El último varón sobre la
Tierra.
Fantomax.
Videntes imperiales.
Foy un fugitivo.
Terrosia.
La película de las estre-
llas. Grand Hotel (fu-
era de serie).
Hollywood al desnudo.
Sangre roja.
El doctor X.
Emma.
Primavera en otoño.
El hijo del destino.
Ella o ninguna.
El enemigo de la sangre.
El azul del cielo.
El monstruo de la ciudad.
El hombre que se robó
del amor.
Luzon Letos.
Mercado de mujeres.
Manos vulgarias.
La princesa se divierte.
La mano asesina.
El rey de los giranos.
El sargento X.
Los seis misterios.
Bois edad moderna.
La novia de Escencia.
Heuss al pasar.
El mayor amor.
El expresos fantasma.
Al despertar.
El robo de la Monna Lisa
(La Gioconda).
La edad de amar.
Salvada.
Divercio por amor.</p> |
|--|---|--|---|

Ceaeones sin rumbo.	La amargura del general.	Honduras de infierno.	La virgen de la rica.
Coraciones vallerias.	Yan.	Dama Francouita.	La intrascia.
Erasta-Pugador-Demara	Bollice.	El café de la mañana.	Madame De Barry.
(Barra de serie).	La vida retirada de Barf.	El agua en el suelo.	Sociedad una noche.
Los tres monasterios	una Vill.	El boxeador y la dama.	Hombres en blanco.
(Una Herreros de	la Fra. Diavolo.	Barlova de la tierra.	Muere humilde.
ruina).	El padrino ideal.	Milicis y i Don Juan	Viva la vida!
Milado (Segunda parte de	El judío errante.	Alma de ballarina.	El negro que teida el al-
Los tres monasterios)	El hijo de la parrucita.	Yo he sido empa.	ma blanca.
Esclavitud.	ette Lyntan.	No seas estosa.	Carolina.
La villa de.	Barrio Chino.	Duñala de castañetas.	Cuena abalo.
Las dos baranditas.	Yo. 10 y ella.	Aves sin rumbo.	Señal con su amor.
Cabalgata.	Un ladrón en la alcoba.	Simón es del.	El mundo cambia.
Secreto.	El cantar de los cantares.	Pecada en la calle.	Canção de cura.
La feria de la vida.	La llama ciega.	Una noche en El Cairo.	Pañ en la tierra.
Una moza y una raba.	El hombre de ocasión.	Rosa de medianoche.	La dama del boulevard.
Como tú me desasa.	feria de Honda.	El rey de la plaza.	La lacmana San Sulpicio.
El estirado.	I rey de los Hefuros.	Sobre el cielo.	El signo de la muerte.
El amor y la muerte.	La Cruz y la Espada.	Las sorpresas del cocho-	La dolencia.
Una vida romántica.	El canto del rubicón.	rama.	Las trancas del amor.
Masenta y la Zarina.	Añón a las armas.	Sol en la clave.	Wooder Day.
Suzana tiene un secreto.	La mundana.	Madres de heróicos.	Lo fimo de las ramallas.
80.000 pesos en Sing Sing.	Tú eres mí!	La portera de la fábrica.	La doncella de postín.
Herreros en Buenos.	Arallón de Rusia.	Granderos del amor.	Caravana.
Milagros.	Tempestad al amanecer.	Fanny.	Hombres de; mañana.
Vivamus hoy.	Banta.	Siempre en mi corazón.	Ant ama la mujer.
Odin.	Buñca a la veita.	Tarado y su compañera.	La bucravadora.
Los prisioner del museo.	Alad.	El auto y el violín.	Nada más que una mujer.
El secreto del mar.	La hermana blanca.	Sor Angélica.	Dama por un día.
No se chisn engañan.	La Reina Crisolina de Sue-	Juder.	La esca n.º 11.
No deja la puerta abierta.	cin.	Casanova.	Señora casada necieta ma-
Los noches.	Por un auto dealla.	El primer amor.	rada.
La melodia prohibida.	ha ha llegado un preso.	Hakim.	Viva Villa!
El primer coracha de	El error de los padres.	Un capitán de rosaron.	Susco un millonero
hijo.	La ciudad de cartón.	El altar de la moda.	Sitofolis en comicio.
Canção de Orleans.			

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante

PROXIMO NUMERO:

LA INTRIGANTE NOVELA

Mademoiselle Doctor

(La rival de Mata-Hari)

por Myrna Loy, Herbert Marshall, Lionel Atwill, etc.

Precio: UNA PESETA

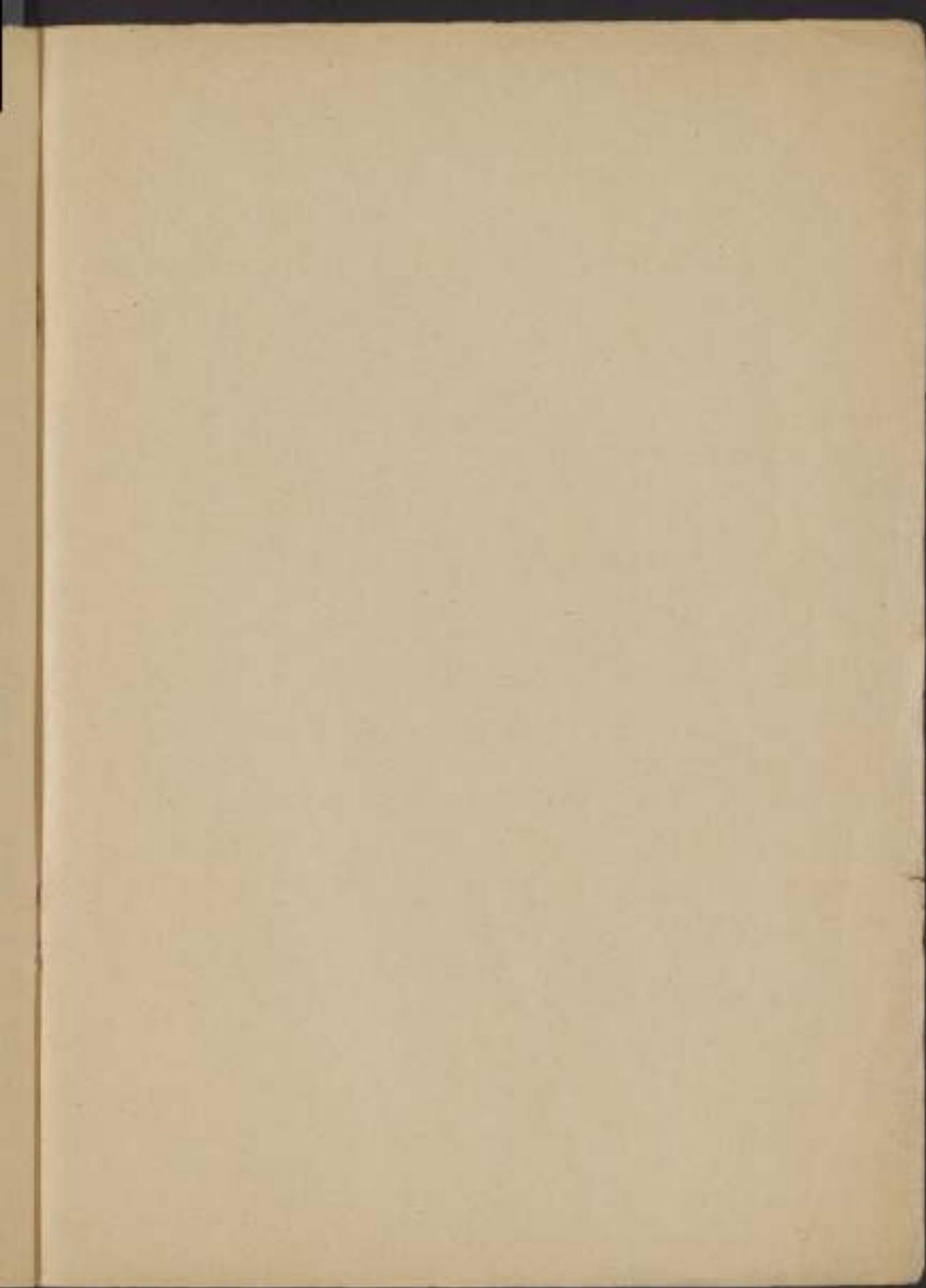
EDICIONES BISTAGNE

publica siempre LO MEJOR!

EN BREVE:

**Catálogo ilustrado de
las selectas «EDICIO-
NES ESPECIALES
BISTAGNE»**

¡Hágaselo reservar
o pídale!



055 NSC (NOVIO)

E. B.

Precio: Una peseta